

CENITT

sociología
ciencia - literatura



Paul Gille: El sofisma anti-idealista de Marx.—J. García Pradas: Ciencia y anarquismo. Svatopluk Cech: El hombre que pignoró su carácter.—Eugen Relgis: La utopía está en marcha.—Felipe Alaiz: Colectivizaciones industriales en la Revolución.—E. Bernstein, Maurice Bourguin, Jacques Duboin, Henri de Man, G. Pa'anté, Georges Renard: Ideas sobre socialismo.—J. Ferrer: Imagen del Sindicato Unico.—Alberto Casis: Los ojos de la España dolorida.—Juan Bundó: Federalismo de base: el Municipio.

NOTAS

Ignacio Stlone: Variaciones sobre un mismo tema.—Angel Samblancat: Un dolor de España.—Una biografía de Kropotkin.

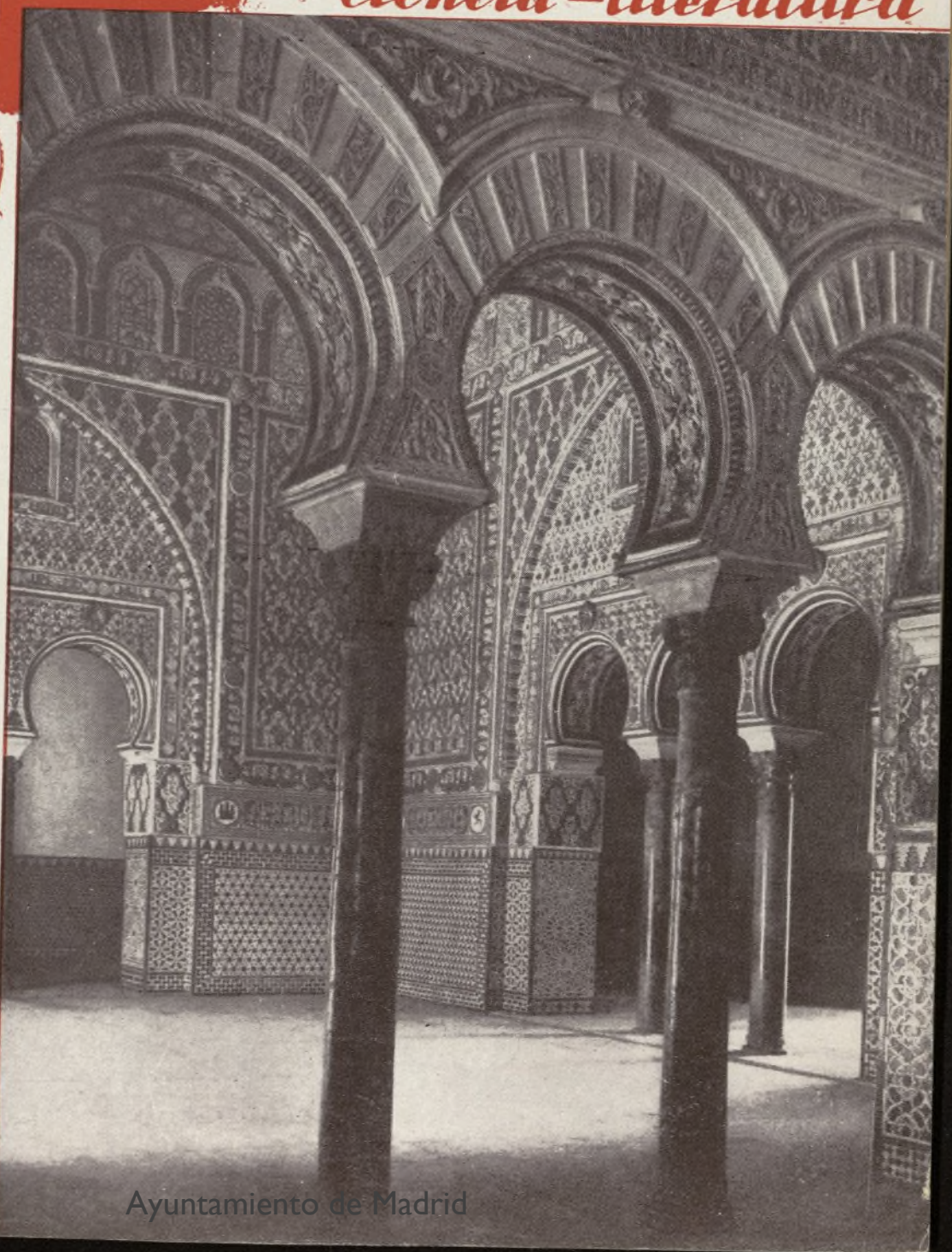
★

Un dibujo original de Lamolla.



brero, 1951

REVISTA MENSUAL



Ayuntamiento de Madrid

“LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA”

Un libro que debe figurar en la biblioteca de todo buen militante. No se trata de una publicación más ni de un simple motivo de propaganda. Es un libro de estudio y de consulta, un registro de todas las luchas de la Confederación Nacional del Trabajo de España, organización que encarna cerca de medio siglo de aspiraciones manumisoras del proletariado ibérico.

En «LA C. N. T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA» hablan los textos con prioridad a la tesis y al comentario. La obra abarca el período más álgido de la historia social española, desde 1911 a 1939. El período de depresión económica y de crisis política; el auge del sindicalismo; la época del terrorismo gubernamental; el renacimiento y la decadencia de la democracia española; los movimientos populares contra el caciquismo eclesiástico, contra el capitalismo y contra el Estado; la gran epopeya antifascista del Pueblo español a lo largo de tres trágicos años de guerra civil; las realizaciones revolucionarias del Pueblo en el aspecto económico, social y cultural quedan debidamente registradas en esta obra, cuyo primer tomo está ya presto a entrar en máquina, y cuyos dos otros volúmenes, casi por entero preparados, se publicarán seguidamente.

He aquí el sumario de los quince capítulos de este primer volumen:

- I.—Del Congreso de Bellas Artes a la Dictadura.
- II.—Del Directorio Militar a la Segunda República.
- III.—La República de Casas Viejas.
- IV.—De las elecciones de noviembre a la Revolución de octubre.
- V.—El 6 de octubre en Asturias y en Cataluña.
- VI.—Fin del bienio negro y triunfo del Frente Popular.
- VII.—Del Congreso de Zaragoza al 19 de julio.
- VIII.—España en llamas.
- IX.—La obra revolucionaria.
- X.—El dilema de la revolución y de la guerra.
- XI.—La C.N.T. en el gobierno de Cataluña.
- XII.—La C.N.T. en el gobierno de la República.
- XIII.—La política y la revolución.
- XIV.—Consecuencias de la colaboración confederal.
- XV.—Las colectivizaciones.

En breve se harán públicas en la prensa confederal las condiciones de tan importante obra.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Director: A. GARCIA.—24, rue
Ste-Marthe, Paris (X).

Administrador: M. VILARRU-
PLA.—4, rue Belfort, Toulouse
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia,
190 francos trimestre; Exterior,
210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de des-
cuento a partir de cinco ejem-
plares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort.
TOULOUSE (H.-G.).

EL SOFISMA ANTIIDEALISTA DE MARX



PARA la producción social de sus medios de existencia, los hombres — dice Carlos Marx — mantienen relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad: relaciones de producción que corresponden a un determinado estado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se establece una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden determinadas formas sociales de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona, «in globo», el proceso social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia de los hombres la que determina su manera de ser, sino que, por el contrario, su manera de ser es la que determina su conciencia.» (1).

Es esto, según se ve, la repulsa de todo papel a la fuerza moral en la determinación de los acontecimientos humanos. Los sentimientos, las ideas, el ideal, no tienen eficacia propia ni influencia real en la vida: son únicamente las apariencias ilusorias de un determinismo material sobre el que no ejercen acción. El interés, el interés material, el interés económico es el que gobierna el Mundo.

Este es el tema que ha tenido éxito bajo el nombre de concepción materialista de la Historia. Es el que una caterva de papagayos, con o sin anteojos, nos repite infatigablemente desde hace medio siglo de germanización del socialismo. El que Engels, el «alter ego» de Marx, resumía en estas palabras: «Las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social no deben ser buscadas en la cabeza de los hombres... sino en las metamorfosis de la producción y del cambio.» (2).

Examinemos el valor de esta afirmación

* * *

Advirtamos inmediatamente que se apoya en una metáfora, en una metáfora que sustituye a la rea-

lidad y acerca de la que se razona como si se tratara de la realidad misma. De hecho, no existe superestructura social. Sólo hay aquí una expresión metafórica y metafísica, una imaginación gratuita y arbitraria, suponiendo precisamente, por una petición de principio, lo que se trata de demostrar: la nada del ideal y la divinidad de la materia.

Basta abrir los ojos a la realidad para ver deshacerse este espejismo. Lo que nos muestra, en efecto, el mundo social es una armonía orgánica donde las ideas, lejos de aparecer como un «caput mortuum», como un elemento muerto, sin realidad, aparecen, por el contrario, como un elemento vivo, viviendo de su propia vida, como una fuerza autónoma, por dondequiera presente y activa.

Cierto que el hombre no es un puro espíritu y que sus ideas, como sus sentimientos, están ampliamente sometidas a la influencia del medio material donde se desenvuelve, del régimen económico bajo el cual vive. Pero por declarada, por notable que sea esta influencia, no es exclusiva, no es todopoderosa. «No sólo de pan vive el hombre.» Tiene otras relaciones que las relaciones económicas, otras necesidades que las necesidades materiales. Y si es, como se ha dicho, «hijo de la bestia», su naturaleza, sin embargo, está lejos de la simplicidad bestial que justificaría—hasta cierto punto—la tesis materialista. Su naturaleza es compleja. Junto a sus necesidades materiales tiene necesidades afectivas; tiene necesidades intelectuales. Unas y otras intervienen—o pueden intervenir—en las relaciones que da al medio y testifican su rango en la escala de la vida.

El hombre no es «un simple animal egoísta». Es naturalmente sociable; nace sociable como todos los animales bisexuados y, así, se hace cada vez más social, es decir, susceptible de altruismo al propio tiempo que de egoísmo.

Es que también está dotado de razón, o sea de la facultad de razonar, de percibir abstracciones y de coordinar sus ideas abstractas.

Y de esta triple naturaleza del hombre proceden, en la conducta de la actividad humana, tres órdenes de móviles: egoístas, altruistas e impersonales o ideológicos.

¿Ideas puras? ¿Razón pura? No; dejamos eso a los metafísicos. Es dinámica cerebral. «Desde los

(1) Karl Marx: «Zur Kritik der Politischen Ökonomie», Vorwort, pág. V.

(2) F. Engels: «Herrn Dühring's Umwälzung der Wissenschaft».

sabios estudios de Fouillée y de Tarde, no es permitido ignorar que las ideas son fuerzas, y las imágenes sugestionan casi hipnóticas.» (1).

* * *

Esa vida y esa actividad autónoma de las ideas, a pesar de lo que dice Marx, podemos comprobarlas, ante todo, en el dominio económico: en esas relaciones económicas que Marx declara «independientes de la voluntad» de los hombres.

«Un fenómeno económico—dice muy justamente G. De Greef—no es un fenómeno puramente material.» (2). Y determina: «Los fenómenos económicos, que estoy de acuerdo con la escuela de Marx en conceptuar como fenómenos fundamentales de la estructura y de la vida colectivas, implican elementos ideológicos.» (3). Y añade, puntualizando más: «Desde el momento en que un fenómeno es social, no es jamás puramente material.»

Nada más cierto. Tan cierto es, que Espinas ha podido decir, en su admirable libro sobre «Las sociedades animales», que una sociedad es un «organismo de ideas», y Eliseo Reclus, en «Evolución y Revolución», pudo, a su vez y razonablemente, escribir: «La savia hace el árbol; las ideas hacen las sociedades. Ningún hecho histórico mejor comprobado.»

¿Qué se ha hecho desde entonces de la afirmación de Carlos Marx negando, en las relaciones de producción, la función de la voluntad? ¿No es verdad que una vez más se ha confundido fatalismo y determinismo?... Fatalismo: es decir, concepción simplista de la causalidad. Determinismo: es decir, negación del absolutismo y de lo arbitrario en la naturaleza, concepción compleja, concepción sintética de la etiología de los fenómenos.

El simplismo económico, el simplismo materialista de Marx, es tan falso, tan absurdo, como el simplismo de los idealistas puros. Al negar la causalidad de la conciencia y de la voluntad, desconoce la verdad elemental de que el hombre, ser viviente, no es puramente pasivo, que está dotado de actividad, de movimiento, de iniciativa; desconoce la verdad psicológica de que toda acción consciente es un complejo donde interviene, como origen, como factor eficiente, el factor personal, el factor psíquico; desconoce, en fin, la verdad sociológica de que la vida social se funda en la psicología colectiva, de la que emana, por decirlo así, como una flor de su tallo.

Reconocer, por el contrario, con el buen sentido, la parte, por ínfima que sea, de la ideación y del pensamiento personal en la determinación de las disposiciones humanas, es negar la fatalidad de los fenómenos económicos, destruir en su base el sofisma antiidealista de Marx, devolver a la voluntad razonada del hombre su dignidad y sus derechos.

* * *

Sea, nos dicen. El materialismo estricto, el materialismo puro, es un error. Pero no así el economismo. Las ideas, es cierto, tienen su inde-

pendencia relativa y su función autónoma en la producción de los fenómenos económicos; pero una vez producidos éstos, los otros fenómenos sociales, los otros fenómenos colectivos no son más que su aumento fatal, su consecuencia automática. Del modo de producción de la vida material resulta el proceso social, político e intelectual de la vida. «Las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social no deben ser buscadas en la cabeza de los hombres..., sino en las metamorfosis de la producción y del cambio.»

Así se desplaza el problema, pero sigue siendo lo mismo. Se trata de saber si el movimiento propio de las ideas limita sus efectos a la «estructura económica de la sociedad», y si, por consiguiente, todo el resto, todo el «proceso social, político e intelectual de la vida», no es más que un «reflejo mental» de la realidad económica, un espejismo encubridor de esta realidad; si en todos los dominios de la vida no se persigue la relativa independencia del pensamiento y de la acción. Se trata de si, en último análisis, todas las ideas del hombre no son más que ideas «interesadas» y, por consecuencia, después de haber recusado el fatalismo materialista, debemos, en definitiva, decidimos a admitir el fatalismo económico. Tal es el problema que somete a nuestro examen no sólo la interpretación materialista, sino «la interpretación económica de la Historia».

* * *

«Es peligroso—dice Pascal—hacer ver demasiado al hombre cuán igual es a las bestias, sin mostrarle su grandeza. Más peligroso todavía es hacerle ver su grandeza sin su bajeza. Y aun más perjudicial dejarle ignorar ambas cosas. Pero es muy ventajoso representarle lo uno y lo otro.»

Crear al hombre incapaz de elevar su pensamiento por encima de sus intereses materiales y los de sus semejantes, ¿no equivale a asimilarle a la bestia? Negarle la aptitud de las ideas abstractas, de las ideas superiores, que constituyen la dignidad de su especie, o de tratar estas ideas como vanas ilusiones, ¿no es quitarle su grandeza, su grandeza natural, psicológica, innata?

Si, el hombre es un animal, sometido, por serlo, demasiado lo sabemos, a todas las exigencias, a todas las necesidades fisiológicas de la vida animal; pero es también un ser que piensa, un ser dotado de conciencia y de razón, susceptible de concebir y de querer lo justo, en todos los terrenos, en toda la extensión de la palabra. Tener un ideal—una idea abstracta, una idea sintética—de ajustamiento y de justicia: he aquí lo que constituye la nobleza y la superioridad humanas.

Verdad es que muchos humanos no son hombres; no son todavía más que antropoides, monos perfeccionados; no se interesan por las ideas abstractas, sino únicamente por lo que les reportan. Pero esos retrasados en la evolución, esos seres menores en quienes aún dormitan las virtualidades humanas, no son más que larvas de humanidad; no son ellos los que hacen la Historia humana.

Los que la hacen, en todos los terrenos, los creadores del porvenir, son aquellos a quienes anima una idea, una idea abstracta, tanto más poderosa cuanto más sintética y más justa. La idea, digan lo que quieran los marxistas, rige el Mundo.

(1) Ch. Recolin: «Solidaires», pág. 159.

(2) G. De Greef: «La Sociologie économique», página 122.

(3) G. De Greef: Idem, pág. 138.

Idea abstracta; no entidad metafísica, no lucubración sin vínculos con la realidad: idea viviente, idea-fuerza dependiente de la física universal y sometida a sus leyes. Cualquiera que sea su potencia motora, la idea no goza de privilegio alguno sobrenatural. Realidad física, no escapa, por superior y justa que sea, a la presión del medio; y no se trata—que nadie se engañe—de pasar de un simplismo a otro y de reemplazar por el absolutismo idealista el absolutismo materialista cuya inutilidad hemos reconocido.

* * *

Las ideas sufren la presión de las condiciones económicas. Y esta presión es de ordinario tal, que puede decirse que, en su conjunto, de ella depende la vida colectiva. Depende de ella, pero no en derivación como de su origen. Este, a pesar de lo dicho por Engels, queda «en la cabeza de los hombres». Y nosotros podemos ver en todos los dominios de la vida cómo manifiesta sus efectos la independencia relativa de las ideas con relación a las condiciones económicas.

En la vida política, ante todo, ¿no vemos a menudo, en el curso de la Historia, la desenfrenada agitación de los partidos y asimismo los golpes de Estado hacer «pendant» con un régimen económico perfectamente estable? Y ¿se encontrará jamás un historiador concienzudo que intente relacionar todo acontecimiento político de la vida de una nación con una causa económica de que aquél sería fatal consecuencia?

¿Por qué? Porque los hombres y los partidos no luchan solamente por razones económicas e intelectuales en las que el interés material tenga algo que ver. Cuando Marx y Engels, por ejemplo, afirman, en su «Manifesto Comunista», que la libertad de conciencia, en su advenimiento a la escena política del Mundo, no hizo más que «proclamar en el dominio del saber el reinado de la libre concurrencia», olvidan que, cualesquiera que sean, sociológicamente, las relaciones orgánicas que unan a los dos fenómenos y los solidaricen, no es menos cierto que nada permite subordinarlos el uno al otro, que nada permite establecer entre ellos una relación de causalidad mejor que referirlos a una causa común. Y, de hecho, ¿no es precisamente esta «ideología» tan desdeñada por el materialismo marxista la que se revela, en el análisis, como la causa común de esos dos grandes hechos históricos, concomitantes, pero independientes, tan independientes el uno del otro como dos hojas de un mismo árbol, como dos brotes de una misma cepa? A mayor abundamiento, esa independencia recíproca del hecho político y del hecho económico, ¿no es tan patente, tan real, que se ve a muchos hombres y grupos de hombres, sin inconsecuencia alguna, sufrir el ascendiente de una de las causas y repudiar la otra, mostrarse, por ejemplo, los sólidos apoyos de la libertad de conciencia al mismo tiempo que adversarios irreductibles del individualismo económico? ¿No está claro, en fin, que si la psicología colectiva que traducen estas ideas y estos hechos resulta, sin duda, en parte, de intereses económicos, se deriva, ciertamente, y por otra parte, de factores intelectuales y morales, fuera de toda cuestión de producción y cambio? Ningún hombre sensato pretenderá que todos los «libera-

les», todos los partidarios de las libertades políticas, hayan llegado a serlo bajo el imperio de intereses materiales; ninguno sostendrá que no existen entre ellos—y en gran número—hombres cuya actitud es dictada por el ideal mismo, por superiores preocupaciones de ideas, filosóficas y morales, sin cuidados ni influencias de orden económico.

«Si en las fábricas alemanas—dice Menger (1)—trabajaran negros o coolies chinos, jamás hubiera nacido una democracia socialista, aun suponiendo reunidas todas las condiciones previas del orden económico.» ¿Qué es esto sino decir que el economismo es un determinismo simplista, que si las circunstancias económicas condicionan frecuentemente un fenómeno político, no lo necesitan, no lo producen, y que no son ellas, en último término, sino el estado mental, el estado psicológico de los actores, su verdadero factor eficiente?

Las circunstancias económicas no bastan tampoco para explicar las filosofías, las morales, las religiones.

Las religiones, esas filosofías infantiles, están lejos de ser, como quieren los marxistas, un puro «reflejo» de la situación económica; no son simplemente un consuelo engañoso, una «nube» que oculta la realidad de la vida material; y el sentimiento religioso es otra cosa muy distinta, en verdad, que la «necesidad económica invertida» y buscando en un más allá imaginario las satisfacciones que faltan en este Mundo. Concepción muy pobre y muy ingenua, muy simplista, del génesis y del carácter de las religiones. Estas son, sobre todo y en realidad, tentativas de explicación del Universo y de sus fenómenos, ensayos anticipados de cosmología, productos, manifestaciones de la necesidad de comprender, necesidad intelectual sintética, necesidad filosófica que caracteriza al hombre y le eleva por encima de sus antepasados animales. Y querer que su «ideología» no sea más que el efecto de la vida material, es verdaderamente abusar de la paradoja; es, verdaderamente, torturar la dialéctica y el buen sentido. ¿Cómo pretender, por ejemplo, que la predicación de Jesús de Nazaret o la de Buda Sakya Muni no fué más que el resultado de una revolución técnica, de una «metamorfosis de la producción y del cambio»? ¿Cómo pretender que todos los dogmas católicos, proclamados en el curso de la historia religiosa de nuestro Occidente europeo, no fueron más que el producto fatal y el reflejo de su historia económica? De nada servirá toda la sutileza de los exégetas de Marx; no ha de llegar a hacer tenerse en pie o a encubrir este absurdo: la explicación económica de las religiones y de las filosofías.

Y si las circunstancias económicas no bastan para explicar las filosofías y las religiones, ¿cómo explicarían las concepciones jurídicas y morales? Estas, piénsese como se quiera, son dependientes de aquéllas. Si no creadas por ellas, de ellas, al menos, sacan buena parte de sus elementos, y sería difícil, por ejemplo, concebir el derecho divino sin la religión, como sería difícil concebir una moral verdaderamente humana, una moral humanitaria y sin dogmas, fuera de una cosmología, fuera de una concepción sintética que la justifique y que la inspire. ¿No es toda una filosofía, toda una con-

(1) Menger: «Etat populaire du travail», pág. 219.

cepción del Universo, al mismo tiempo que del hombre, lo que se afirma en esta repudiación del absolutismo y de lo arbitrario, en esta moral de dignidad humana donde se percibe ya el santo y seña del porvenir?

* * *

Y no solamente no explica la economía las concepciones jurídicas y morales reinantes, que resultan así de la filosofía, que de ésta se derivan consciente o inconscientemente, sino que, por el contrario, las concepciones jurídicas y morales son las que dan la clave del régimen económico, que ellas dominan. Es preciso invertir los términos de la relación establecida por Marx. Incontestablemente, en el mundo humano, la concepción cosmológica, la concepción jurídica, la concepción moral, resultando, derivando una de otra, preceden y determinan, rigen la organización económica y social de que son el alma.

Así, es falso decir, con la versión marxista de los Estatutos de la Internacional, que resume tan netamente el error de Marx y su punto de vista metafísico, que «la sujeción económica del trabajador a los detentadores de los medios de trabajo es la causa primera de su servidumbre en todas sus formas» (1). Esta «causa primera» no es en ningún modo primera. Tiene su origen en una concepción jurídica, en la concepción propietaria, y es ésta —basada, a su vez, en un error filosófico: la ilusión absolutista, la ilusión de la creación autori-

taria—la que le da fuerza y vigor, la fuerza moral sin la cual todo régimen económico es un cuerpo sin alma, un cuerpo sin vida. La verdadera causa, la causa no primera, pero eficiente, de toda servidumbre social viable está en el espíritu que la justifica, en la razón, la razón extraviada, ilusionada, que la apoya, la sostiene y le da fuerza de vida.

Causa primera, no existe. No existe aquí como en ningún otro campo. De nada nor sirve esta vana metafísica. Y la superstición materialista de Marx equivale, a nuestros ojos, a la superstición contraria, el idealismo puro, que él combate tan áspidamente.

Cierto, es verdad; nada de realizaciones ideales sin base material propicia. Pero ésta no es más que la condición, no es la causa, la fuerza motriz del acto. Importa no confundirlo. Y es lo que hace el marxismo: confunde condición y causa.

La fuerza motriz de nuestros actos está en nosotros, está en las diversas necesidades de nuestra naturaleza... Y, sin embargo, todavía en este punto se nos reprende y se insiste. Es preciso—dicennos—vivir, antes que filosofar. «Primum vivere; deinde philosophari». Sin duda, si filosofar significa hacer metafísica. Mas de ningún modo si significa buscar lo justo. Se vive—entendido—antes de raciocinar. Pero lo justo, lo justo bajo sus múltiples aspectos ¿no es la ley misma de la vida, la misma ley de la fuerza? Y el sér animado, cualquiera que sea aun el más inconsciente, ¿no se halla sujeto a esta ley y no tiene el instinto de ella?

Este instinto es el germen de la fuerza moral. es el germen de la dignidad humana. El solo hecho de su existencia hace del amoralismo materialista una aberración y un contrasentido.

Paul GILLE

(1) Redacción marxista de 1871. La redacción francesa primitiva decía, muy juiciosamente, «el origen».



CIENCIA Y ANARQUISMO



Si estudiamos la historia de las ideas morales, religiosas, políticas, etc., no tardaremos en advertir una cosa: que el hombre puede pasarse sin la verdad, pero no sin la ilusión de que la tiene. ¿A qué se debe esto? Creo que a dos causas complementarias, que en todo hombre operan, aunque no con igual intensidad. Tenemos, por una parte, la necesidad de vivir, y por otra, la de entender los misterios de la vida. Para vivir, hay que aprender una técnica, un modo de hacer las cosas, que tiene sus reglas: la serie de hábitos o normas que la experiencia ha ido fijando y poniendo al servicio de la especie. Ese aprendizaje—según revela la Biología ahora—es de una amplitud anteriormente insospechada, pues aprendemos a ver, a oler, a sentir, a oír, a tenernos de pie, a pensar, a hacer todo cuanto hacemos fuera de lo estrictamente vegetativo. Y el aprendizaje implica nuestra propia adaptación al ambiente en que nacemos y vivimos—no sólo al físico, sino también al social—. Pero la adaptación es imposible mientras no descubrimos las reglas de nuestro ambiente, las normas de la vida que queremos vivir—la cual viene a ser una especie de oficio—; y esas reglas o normas, a su vez, no siempre son verdaderas, concordantes con la realidad; por el contrario, lo más común es que sean convenciones eficientes, acuerdos tácitos de los hombres para la vida en común, procedimientos expeditivos y prácticos. Lo mismo pasa en cualquier oficio. Durante siglos se hacen las mesas o los zapatos de un modo, que no es el más conveniente, sino sólo el mejor de los entonces conocidos. Podríamos vivir mejor, pero vivimos tan bien como podemos o sabemos. De cualquier modo, lo que conviene advertir es esto: que para vivir nos adaptamos, no la a verdad objetiva, ni tampoco a la subjetiva de origen individual, sino a lo generalmente tenido por cierto en la sociedad que nos cria y nos educa.

Por otra parte, hay un deseo—mucho más intenso en algunos hombres que en los demás—de entender la vida, de conocer los misterios del Universo; y de tal modo nos apremia ese deseo, que cuando no conseguimos desentrañar un arcano tendemos a explicárnoslo mediante una hipótesis. Si esta suposición concuerda con otras prevalecientes, si casa bien con lo sabido o dado por cierto, poco importa que—ignorándolo nosotros—no cuadre con la realidad, porque la aceptamos como si cuadrara. O sea: la damos por cierta, siquiera sea de modo provisional. Vemos, pues, que la causa típicamente inquisitiva, de alto vuelo intelectual, como la del mero aprendizaje de la táctica o técnica vital, nos lleva a la certidumbre, más que a la verdad. Y en cada época hay una base de certidumbre, un sistema de valores comúnmente aceptados, que es el que nos permite estar de acuerdo, coincidir en algo, colaborar, convivir. Sin esta base de seguridad, tan indispensable en religión o en ciencia como en la vida fa-

miliar y en la social, no hallaríamos modo de entendernos, ni siquiera sabríamos vivir. Mas, por otra parte, si esa base no cambiara, se extinguiría la especie, porque los cambios del ambiente físico en que vivimos nos obligan a alterar la manera de vivir, so pena de perecer. Nuestra misma evolución es una prueba irrefutable de que la base de normas e ideas ciertas—tenidas por verdaderas, aun cuando algunas no lo sean—, que nos da el consenso de seguridad indispensable para la vida de relación, ha ido cambiando de continuo.

En efecto, ha cambiado, y también por causas complementarias. Una es la misma casualidad, que nos presenta novedades no esperadas, a las cuales tenemos que adaptarnos, aun cuando sea para defendernos de ellas. Esa casualidad supone un descubrimiento revelador, y origina en nosotros nuevas ideas y actitudes, que a su vez crean aptitudes—es la relación existente entre hábito y habilidad—. En segundo lugar, tenemos la osada iniciativa práctica de quien quebranta una regla general, una tradición, una norma de la técnica vital, y se aventura a hacer experimentos, de los que pueden resultar mejores normas de acción; normas que, por convenientes, adoptan luego los timoratos antes dispuestos a prohibir la tentativa arriesgada del audaz innovador. Finalmente, el anhelo intelectual de descubrir la verdad, de entender los misterios que nos rodean, obliga a los hombres—aunque no a todos en igual grado—a poner a prueba la certidumbre heredada, a contrastarla con nuevos conocimientos, a formular nuevas hipótesis, a ir por caminos de herejía en busca de nuevos mundos, que los ortodoxos condenadores de su aventura conquistarán y poblarán después. Estas tres causas renovadoras, que desteejen el tapiz de la pasada certidumbre y dan el patrón de otra nueva y mejor, suelen ser muy irritantes para todos, y especialmente para los más rebañeros. Porque toda casualidad inesperada, todo nuevo experimento, toda nueva hipótesis, nos exige un reajuste, una readaptación, que nuestra pereza tiende a negar. Muchos inventores han pagado con la vida sus inventos; muchos pensadores han pagado con la vida sus novedosas ideas; mucha gente perece porque la sociedad le hace pagar la aparición de circunstancias inesperadas, a que no quiere amoldarse. Mas, si no fuera por estas innovaciones tan caramente pagadas, nuestra especie estaría todavía compitiendo con los micos en la selva.

Hay que contar entre los benefactores de la Humanidad no sólo a quienes descubrieron las verdades que creemos conocer, sino también a quienes establecieron determinadas hipótesis que, aun siendo falsas de suyo, resultaron convenientes, porque gracias a ellas pudo haber algún acuerdo entre los hombres, y, por ende, sociedad. A este género de hipótesis pertenecen no solamente los sistemas religiosos, sino también casi todos los morales, políticos, filosóficos y aun supuestamente científicos. La interpretación newtoniana del Mundo, tenida por cierta durante siglos, hoy parece ser errónea;

pero el hecho de serlo no impidió que resultase muy útil mientras se tuvo por cierta. Igual puede pasar con cualquier religión. La teología cristiana será falsa, pero el principio de caridad a que sirvió de base ha sido muy conveniente. La sociedad necesita ortodoxia siempre para mantener su unión de manera espontánea. En faltar un buen grado de ortodoxia, de fe común, de certidumbre general, todo quisque está indeciso, inseguro, en un estado de neurosis, y el desquiciamiento del individuo da lugar a disturbios sociales peligrosos, que ni la fuerza puede evitar. Mas también hace falta la herejía, la aventura individual o de grupo. Si el grupo o el individuo perecen en la brava tentativa de descubrir nuevos mundos, la sociedad poco pierde, y en cambio gana muchísimo hasta con la noticia del fracaso, que le sirve de escarmiento; si, por el contrario, tienen fortuna en su empresa, la sociedad se aprovecha plenamente. Lo indispensable es que haya siempre libertad para el doble juego de innovación y de norma, de duda y de certidumbre, de aventura y de seguridad, de minoría y de mayoría, a fin de que la sociedad pueda mantenerse en la tierra firme de sus ideas comunes sin perder el beneficio de que alguien halle tal o cual «isla del tesoro».

La apuntada dualidad constituye el principio capital de nuestra vida. Según han descubierto los biólogos, a esa ley de certidumbre en la duda, de duda en la certidumbre, se ajusta el cerebro humano, y al mismo tiempo la sociedad. Si la escritora Simone de Beauvoir lo hubiera tenido en cuenta, bien distinto habría sido su reciente libro «Le Deuxième Sexe»; porque si hombres y mujeres somos considerados anatómicamente y fisiológicamente, pronto se caerá en la cuenta de que hasta la misma disyunción sexual es una norma de economía biológica: el ser bisexual, hermafrodita, de que probablemente vienen la mujer y el hombre, peligraba en la doble necesidad de norma y de iniciativa, de seguridad y de aventura; mediante su escisión anatómica, se dividieron sus funciones fisiológicas de modo que la mujer asumió el papel conservador de madre, de aseguradora de la especie, y el hombre el de padre, el de innovador. La naturaleza femenina es fundamentalmente pasiva, desde el punto de vista biológico; y la masculina, principalmente activa. Sobrados motivos hay para que hombres y mujeres nos sintamos frustrados en la vida, y hay sobradas razones biológicas para tender a conseguir que las diferencias entre ambos sexos se complementen en pro común; pero no hay razón alguna para que las feministas, que todo aplauso merecen cuando defienden a la mujer, griten histéricamente contra la misma Naturaleza, que les ha dado el papel que no les gusta sin consultar previamente con los hombres.

Pero volvamos al hilo de mi tema. Como necesitamos explicárnoslo todo, hacemos cábalas, suposiciones, hipótesis; como la vida de relación nos habitúa a relacionar unas cosas con otras, unas normas con otras, unas ideas con otras, tendemos a hacer sistemas, teorías, planes; como nuestros órganos y sentidos tienen su sala de control o de mandos en el cerebro, y éste funciona haciendo y deshaciendo modelos de comprensión, tejiendo y destejiendo asociaciones, revelando, velando y volviendo a revelar «fotografías» sistemáticas, tendemos a formular en planes intelectuales hasta nuestros deseos, y de aquí vienen todas las utopías,

que no son más que anhelos convertidos en hipótesis. Pero tampoco son menos. Las utopías resultan útiles, no sólo por el anhelo que ya llevan en la entraña, sino también porque coordinan una infinidad de normas ya conocidas con otras racionalmente admisibles, y así crean un nuevo patrón de vida, que cabe poner a prueba, en la que acaso resulte conveniente. No sólo ha de permitir la sociedad formular nuevas utopías, sino también ha de tolerar que alguien intente realizarlas, como permite y tolera que los sabios, tras formular nuevas teorías, las sometan a algún experimento. Mas lo cierto es que toda hipótesis, todo sistema de ideas, toda utopía, por mucho que pueda «adelantarse a su tiempo», tiene las características de aquel en que se formula, de la cultura en que se gesta. En la Europa de este siglo, la religión se ha de desprender de la pasada creencia en brujas; y el anhelo de justicia no puede expresarse como lo expresaron los anabaptistas, pongo por caso. Se pudo apelar a la Biblia cuando casi todo quisque veía en ella la revelación divina, la suprema autoridad; pero hacerlo hoy sería perder el tiempo, porque la Biblia no es más que una interesante serie de viejos libros judaicos.

Las utopías—es decir: los sistemas sociales hipotéticos que se le proponen a la sociedad—son muy semejantes a los inventos, y cada invento tiene el sello de su época. Si la nuestra es tan genialmente inventiva, ello se debe a que la vieja capacidad para hacer hipótesis cuenta ahora con más conocimientos para hacer combinaciones. Pero estos conocimientos son de un tipo peculiar: tanto han sido comprobados, que podemos darlos por verdades objetivas. Nuestra noción del mundo físico es muy distinta de la noción que se tuvo en la Edad Media. Dante metió el Universo en un marco teológico, y no ajustó el marco al Universo, sino el Universo al marco. Hoy se procede a la inversa: primero se hace o se estudia el «cuadro», se le mide en una y otra dirección, y después se le pone el marco que requieren, de consuno, su tamaño, sus figuras, sus colores y nuestro propio gusto estético. La mentalidad moderna—me refiero a la estudiosa y cultivada, desde luego—se ha avezado a este modo de proceder, tan experimental y científico. Ha aprendido a dar norma de seguridad hasta a la aventura, y cuando hace una hipótesis no baraja ilusiones, sino realidades bien compulsadas, que combina con arreglo a leyes ya descubiertas. Es una mentalidad que parece constantemente herética, pero no lo es más que a veces; lo que pasa es que sus bases de seguridad—o de ortodoxia—no son ya las de la gente en general, sino las establecidas por la Ciencia de avanzada. Y a esa mentalidad, que se va extendiendo mucho, huelga irle con hipótesis formuladas al modo anabaptista, y más pedirle que meta el mundo en un marco hecho un tanto a capricho un siglo atrás. La hipótesis podrá nacer de muy buenos sentimientos, y tener mucha lógica, y hasta ser conveniente y verdadera, pero la nueva mentalidad no podrá admitir sus viejas características. ¡Y hará muy bien rechazándolas en pro de la misma hipótesis! Si, porque hoy nos hallamos en condiciones de saber de antemano si esa hipótesis es práctica, y lo que importa es conocer lo que le ha de servir de piedra de toque, que nos hará rechazarla si nos prueba que es errónea, pero nos dará un formidable apoyo si nos demuestra que es atinada.

En otras palabras: para hacer aceptable el anarquismo, hay que probar que este marco le viene a la medida a la observable sociedad, y para probarlo no hay que recurrir a los viejos textos sentimentales o filosóficos, sino a las modernas ciencias experimentales, a las que estudian el hombre al vivo. La Sociología del siglo XIX, casi toda ella utópica, tenía poco de ciencia y mucho de política, de retórica, de hinchada literatura; la Sociología actual tiende a ser una ciencia hecha y derecha, sin cuentecicos de ningún género, mucho más interesada en el estudio de sociedades concretas, vivas que en las teorías de un Marx o de un Bakunin. Cuando Godwin, a fines del siglo XVIII, tomó el humanismo racionalista recién llegado a su apogeo, y por encima de la Revolución francesa—tan engañosa como la rusa y aun como todas las hechas por la tremenda—, se lo ofreció a la Humanidad convertido en anarquismo, se adelantó a su propio tiempo en más de cien años; del mismo modo, los anarquistas del siglo XIX se adelantaron al suyo en medio siglo; pero, aun así, sus herederos nos encontramos en el dilema de andar al paso de la moderna Sociología o quedar tan olvidados como los anabaptistas.

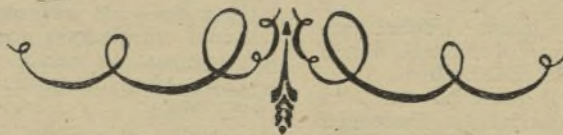
Fermin Galán puso al frente de su «Nueva creación» un pensamiento luminoso: la política ya no es arte, sino ciencia. Esto ha empezado a convertirse en realidad, y todos los programas político-sociales, todas las viejas hipótesis, todos los antiguos planes quedarán desestimados si no concuerdan con lo que van descubriendo la Biología, la Psicología, la Antropología. En las bibliotecas está el pasado, cuyo estudio puede y ha de ser útil; pero el porvenir está en los laboratorios, está en las clínicas, está en el hombre de carne y hueso, está en la auténtica sociedad sometida a observación; y lo que importa es ir viendo qué es lo que sale de todo esto. Kropotkin, por ser tan sabio, advirtió la imperiosa necesidad de establecer una estrecha relación entre la «Ciencia moderna y el anarquismo»; la de sostener el anarquismo mediante la Ciencia, cosa imposible de lograr sin disporsi a prescindir del anarquismo que la Ciencia no sostenga. Naturalmente, cuando hablo de Cien-

cia no me refiero a los científicos, sino a lo que ellos han descubierto y probado, a la nueva base de seguridad o de certidumbre que están creando, la cual será la aceptada por toda la sociedad dentro de unos años. La acción política, la acción social, no dependerá de teorías del siglo XIX, sino de las realidades humanas que se descubren en el actual; y esas realidades, tanto cabrá utilizarlas en bien de la sociedad cuanto en provecho del Estado: ya para bien, ya para mal, como cualquier descubrimiento.

Hoy por hoy, el anarquismo tiene una ventaja, consistente en que la Biología, la Psicología, la Antropología, la Etnografía prueban y confirman la verdad de sus tesis principales, sobre ser todas ellas—me refiero a esas ciencias—sociología anarquista de la mejor calidad, ya que el anarquismo, por ser racionalista, por ser positivista, por pedir prueba de todo, por haber recomendado la aplicación de los métodos científicos a las cuestiones embarulladas por los políticos, les dió la pauta a todas ellas. Pero el anarquismo ha llegado a nosotros como un cuerpo de doctrina y un conjunto de tácticas o normas, y para que cuadre con sus recomendaciones, para que cuadre con esas ciencias, para que cuadre con la moderna mentalidad, hay que sujetarlo al mismo método científico, que confirmará unas cosas, pero probará que otras son erróneas. Hay anarquistas, como Herbert Read, como Alex Comfort, que, precisamente por estar al tanto de lo que la Ciencia va revelando acerca del hombre y la sociedad, hallan nuevos argumentos en favor del anarquismo, y con ellos le están dando en Inglaterra un prestigio que no había tenido desde que aquí lo explicó Kropotkin; mas, por lo mismo también, porque tienen gran cultura, porque ven errores de padre y muy señor mío donde otros muchos anarquistas siguen viendo verdades intachables, Read y Comfort se van alejando de éstos.

Perder los frutos de este estudio moderno para vivir de la herencia del pasado, es renunciar al porvenir.

J. GARCIA PRADAS



EL HOMBRE QUE PIGNORO SU CARACTER



ODOS nuestros escritores tienen el mismo defecto: derrochan demasiado dinero... sobre el papel.

Fijaos si no en cualquier protagonista literario y en sus aventuras. Por lo general, aunque no sepamos sus medios de vida, aunque no tenga oficio ni beneficio, se hospeda en los grandes hoteles, se da la gran vida, fuma los más finos cigarros; no tiene un céntimo, y da como propinas monedas de oro. Si quiere dar una cabalgada en la noche sombría, jamás le falta un lacayo para cuidar su caballo. Va a los baños de mar, viaja por Italia, y después de vivir así durante nueve páginas en la más pródiga de las existencias, siempre encuentra, al llegar a la décima, una cantidad suficiente para zambullirse en el torbellino placentero con el único fin de olvidar la perfidia de sus amantes y para ahogar sus penas en el champán de las más escandalosas orgías.

¡No! Decididamente, nuestros escritores ignoran el verdadero valor del dinero.

Desdennan las sumas moderadas: hablan siempre de millones, o, en último caso, de centenares de miles de francos. Ninguno desciende a menos. ¿A que no recordáis haber leído que Arturo, por ejemplo, ganase noventa francos mensuales?

Pues aun hay otra cosa reprochable en mis colegas.

Al dibujar sus personajes, siempre olvidan un rasgo esencial. Describen ampliamente el tipo, el color del cabello, el carácter, el traje, etc.; pero guardan silencio respecto de una cosa muy importante, a mi modo de ver. Nos dejan curiosear en su guardarropa, nos consienten escudriñar hasta los más recónditos pliegues y los más sombríos fondos de su alma; pero jamás nos muestran el contenido de su bolsillo. Y esto, a mi juicio, debía ser lo primero de todo. De ese modo, el lector sabría en seguida a qué atenerse. Y la silueta del personaje quedaría completa de una vez.

Por eso yo, en cambio, voy a dar el primer paso en ese nuevo camino.

He aquí el portamonedas de mi protagonista, del joven Alfredo N.

Podéis examinarlo a vuestro gusto. ¿Veis? Aquí no hay nada. Ni aquí tampoco. Volvámosle del revés. ¿Ha caído algo? ¡Nada absolutamente!

Ahora ya nos será más fácil explicar en pocas palabras sus otros rasgos característicos. Dependen, en cierto modo, de esta insignificante introducción. El cuerpo, esbelto y alto; el rostro, pálido y soñador; una sonrisa amarga en los labios, y colmada de locas ideas la cabeza.

Calza unas viejas zapatillas, viste—si es eso vestir—una chaqueta y un pantalón inenarrables, y agita en la mano una larga pipa, de la que se escapa, como un último suspiro, la vagorosa forma creada por el humo; cierta linda imagen que padece, se esfuma y deja igualmente gris el cerebro y la pipa.

¿De quién era la imagen recién desvanecida?

De una muchacha encantadora y desdenosa.

Ahora ya no le queda ni el recurso de evocarla con nuevas humaredas. El crepúsculo va invadiendo los rincones vacíos; la percha bosteza, el lecho sueña inútilmente con una colcha y una manta; la mesa suspira cerca de los escasos libros, y se oye reír sarcásticamente a la miseria.

«¡Ja, ja! ¡Pobrete! El mundo te olvida, tu amada te rechaza. Sólo yo no te abandonaré nunca...»

Cae la pipa de las manos de Alfredo. La sonrisa amarga se borra de su boca. Los párpados se cierran. Se adormecen. Al menos, el sueño no cuesta dinero.

En la puerta suenan unos golpes suaves. Alfredo se despierta. ¿Quién podrá ser? ¿Abre o no abre? Tal vez es alguien que se ha equivocado de piso. Ya no le queda un solo amigo, porque saben todos que ya no puede prestarles nada.

Vuelven a llamar. ¡Bah! Después de todo...

Abre con todas las precauciones exigidas por el estado lamentable de su ropa.

Por la rendija de la puerta asoma un rostro agudo y entran unas palabras en voz baja:

—Se compra ropa vieja, abrigos usados. Aarón paga bien, como nadie.

En los labios de Alfredo reaparece la amarga sonrisa de antes.

—Yo no tengo nada que venderte, judío.

El judío aprovecha un momento y se escabulle dentro de la habitación.

—¿Quién sabe?—exclama ya en alta voz.—Siempre quedará algo. Libros antiguos, zapatos inservibles. Aarón lo compra todo. Absolutamente todo.

—Bueno. Convéncete por ti mismo. No me queda nada. Lo que se dice nada.

—¡Caramba! ¡Es verdad!—continúa el judío, asombrado.—Tienes razón. Es lástima, joven, es lástima; porque Aarón paga muy bien.

Y diciendo esto, sacó de su mugriento caftán una bolsa de cuero y la sacudió. Se oyó algo argentino y claro: la seductora voz del metal más enloquecedor que el canto de las sirenas. Al oírle, Alfredo se estremeció, y sus pupilas se fijaron, codiciosas, sobre la bolsa de cuero.

Entonces un relámpago de satisfacción despreciativa iluminó el rostro del judío. Y acariciando dulcemente la bolsa, repetía:

—Aarón paga bien, joven. Aarón lo compra todo, todo, todo...

—¡Pero si yo no tengo nada!—repitió Alfredo, ya colérico.

—¡Oh! No hay que incomodarse. El señor tiene algo que Aarón está dispuesto a pagar espléndidamente.

—Bueno. Déjame de estupideces, o te mando directamente al seno de Abraham por el hueco de la escalera.

—Aarón sabe lo que se dice—continuó el judío, sonriendo humildemente—. El señor guarda sobre sí una joya tan preciosa, que Aarón está dispuesto a pagar lo que el señor le pida por ella.

Y, para mayor tentación, hundía las garras en la bolsa y agitaba las monedas.

Hubo una pausa, que rompió, al fin, Alfredo preguntando:

—Bien. Vamos a ver. ¿Qué es eso que yo ignoro poseer y que tú deseas comprarme?

El judío adelantó un paso, se inclinó y, acercándose al oído del joven, dijo en voz muy baja:

—Tu carácter.

Alfredo quedó estupefacto.

—¿Mi carácter? Pero, ¿estás loco?

El judío reculó. Sonreía satisfecho.

—El señor se asombra, ¿verdad? Pues no hay que asombrarse. Aarón lo compra todo: ropa vieja, virtudes virginales, paraguas rotos, honradez, bucles, llamas de genio, pieles de conejo. Aarón compra todo lo que hay en el mundo. ¿Por qué no había de comprar caracteres? Un carácter empieza a ser cosa rara en nuestros días. Hay muchos hombres sin carácter por el mundo.

Alfredo miraba aterrado al judío. En aquel preciso momento los últimos rayos del sol poniente caían sobre él a través de los cristales polvorientos y le daban una apariencia fantástica. La bolsa que tenía en la mano se enrojeció; los cabellos y la barba parecían hilos de oro.

También el oro brillaba entre los pliegues de su caftán y en los rasgos angulosos de su rostro, y los ojos enormes, parecidos a monedas, lanzaban metálicos reflejos.

Alfredo creía ver ante sí al diablo del oro dispuesto a lanzarse sobre su víctima y a sorberla la sangre hasta la última gota y a succionarla el cerebro hasta el último pensamiento.

Horrorizado, se tapó la cara con las manos, y cuando recobrado un poco su valor miró al viejo judío, éste había recobrado su aspecto ordinario y el nimbo espantable había desaparecido con la marcha del sol.

—¿Qué? ¿Se decide el señor a venderme el carácter? Aarón pagará muy bien. Ahora es buena ocasión. Hacen falta caracteres, porque las elecciones están próximas. ¿Qué, se decide? Aarón está dispuesto a dar una cantidad enorme.

Y, diciéndolo, mostraba un ducado reluciente entre los dedos, a la altura de los ojos de Alfredo. Pero éste dominó la tentación, y respondió con voz firme:

—No lo vendo.

El judío bajó la cabeza.

—¡Caramba! Está bien. Le daré dos veces más. ¿No? Tres entonces. Al fin y al cabo, se trata de un carácter entero. Yo le haré millonario al señor. Habitará palacios, beberá los vinos más exquisitos, besaré los labios más suaves y frescos.

Alfredo miró hacia lo lejos, como buscando un fantasma delicioso; luego suspiró, se pasó la mano por los ojos y repitió la negativa:

—No lo vendo.

—Perfectamente. El señor lo ha querido. Puede guardar su carácter con su miseria. Aarón guardará su dinero. Servidor de usted.

Y devolviendo el ducado a la bolsa, apretó los cordones de ésta, se la metió en el caftán y se dirigió lentamente hacia la puerta. Todavía allí, insistió:

—Vamos... Aarón tiene buenos sentimientos y no puede dejar al señor en la indigencia. Veamos. Estoy dispuesto a hacer algo por usted. ¿Quiere empeñarlo en lugar de venderlo? Mis intereses no son

elevados: el cincuenta por ciento nada más. Una pequeñez. ¿Qué, acepta?

Alfredo reflexionaba. Recorrió su cuarto con una mirada. El armario bostezaba, el lecho soñaba, la mesa suspiraba y la miseria repetía: «No te abandonaré nunca, nunca.»

Se decidió. Con la mano pareció aventar los últimos escrúpulos.

—Sea. Hagamos el préstamo.

Pero oyéndose se asombró a sí mismo. ¿De qué modo se puede empeñar un carácter? Indudablemente, era juguete de un enfermo. Cerró los ojos, los abrió, y ¡sí!: el judío estaba delante de él. Era un sér de carne y hueso que seguía sonriendo.

—Comprendo las dudas del señor. Pero eso es cuenta mía...

Mientras hablaba, sacó del caftán una tosca caja de pildoras. La tuvo abierta un momento y luego la cerró de golpe.

—¡Ya está! Ya tengo dentro su carácter—dijo con acento burlón y tamborileando con los dedos sobre la tapa.

Alfredo, estupefacto, se esforzaba en leer una inscripción que había en la caja. Al fin pudo leer: «Caracteres nobles».

—Vea usted. Esa es la honrosa etiqueta que le corresponde. Yo clasifico los caracteres según su valor. Aquí tiene el señor—y el judío sacó otra caja de entre los pliegues del caftán—. Aquí guardo caracteres leales de viejos checos que, por lo general, pertenecen a unos ancianos de lengua barba que no han asesinado a nadie. Estos otros son caracteres puros, algo baratos; pero también de escasa duración. Hay que preservarlos del viento. Son los favoritos de los políticos, que gustan lucirlos de cuando en cuando. En esta otra caja—y sacó una tercera—guardo los caracteres rectos, la morrala, como quien dice. Pero todo esto le tendrá sin cuidado al señor.

Guardó las cajas, y fué sacando de la bolsa las monedas de oro, apilándolas una encima de otra.

De pronto interrumpió la tarea para decir:

—Dentro de cinco años, exactamente a la misma hora de hoy, se presentará Aarón, esté usted donde esté. Y si no me devuelve, aumentada con los intereses correspondientes, la cantidad que ahora voy a entregarle, me quedará con el carácter de un modo definitivo. ¿Conformes?

Alfredo asintió.

El judío había vuelto a sacar monedas y a formar con ellas columnas de oro. Era infatigable. La bolsa no se vaciaba jamás. Las columnas llegaban desde el techo hasta el suelo, aumentaban, aumentaban... Y el judío no se cansaba nunca de aumentarlas.

II

Han pasado cinco años. Encontramos de nuevo a nuestro amigo Alfredo en medio de uno de esos torbellinos donde salta el champán, centellean los diamantes y crujen las faldas de seda.

Alfredo tiene un aspecto excelente. Ha engruesado, y las mejillas rebosan una salud admirable. Los ojos fulguran de alegría. Se ve que paladea la copa del placer como un verdadero epicúreo. La falta de carácter le sienta muy bien.

Está casado. No ciertamente con la misma hermosura fina y altiva que las espirales azules de su pipa dibujaban en la miseria del cuarto desamue-

blado cinco años antes. La mujer actual la encontró en un marco de oro, no en una fantasía de humo.

No se amaban los esposos. Pero esto no les producía la menor molestia. Fingían quererse en público; pero luego no cometían la locura de malgastar su vida con anticuados prejuicios.

La falta de carácter de Alfredo era conocida de todo el mundo. Diríase que lo llevaba escrito en la frente. Y sin embargo, erguía orgulloso la cabeza ante los demás, y los demás se inclinaban humildes al verle. Tenía el pecho constelado de veneras y condecoraciones; poseía los más altos títulos, y veía prosternarse a sus pies la dignidad, la belleza y hasta la misma sabiduría.

Los honrados padres de familia le ponían de modelo a sus hijos: «Miraos en ese espejo. Eso sí que es un hombre.»

Todos se humillaban ante él. Los viejos que declaman contra la perversión y maldad de las nuevas generaciones se rejuvenecían al contacto de su mano; los rostros de los filósofos se transfiguraban ante su sonrisa condescendiente; los defensores del Derecho hacían antesala para ser recibidos; los partidos políticos reñían combates por disputárselo. Constantemente se lanzaba su nombre al pueblo, en artículos panegíricos, en estudios de revistas serias, en libros, diccionarios, conferencias y manuales escolares.

Y, mientras tanto, en la cajita donde su carácter pignorado esperaba la fecha del vencimiento, había un jovencito esbelto, pálido, vestido con un traje harapiento, calzado de unas pantuflas rotas y que al débil fulgor de una vela de sebo escribía poemas desbordantes de lirismo y ardientes de pasión, cantando los sublimes ideales de la Humanidad.

III

Una tarde, un lacayo de lujosa librea anunció a Alfredo la visita de un astroso judío que se empeñaba en verle a toda costa.

Alfredo recordó que había transcurrido el plazo de los cinco años, y dió orden de que pasase a su despacho, a su habitación.

Era una salita de carácter íntimo, impregnada de voluptuoso perfume. Desde el suelo hasta el techo las paredes estaban cubiertas de retratos de mujeres bonitas, con senos y caderas exuberantes, en actitudes provocativas y desnudeces de las que una dama casta no confía jamás a su espejo.

Por segunda vez se encontraban frente a frente los dos hombres.

—Te has retrasado—dijo Alfredo consultando su reloj.

—Sí; me entretuve en una corrupción—contestó el judío—, y me ha costado perder un buen carácter que había comprado en el extranjero. Los aduaneros me lo confiscaron en la frontera. No estaban muy seguros de que los caracteres fuesen contrabando. Le clasificaron con la etiqueta 111 y lo enviaron de una cancillería a otra. El caso es que el carácter empezó a fundirse, a licuarse como el hielo, y antes de llegar a la tercera cancillería sólo quedaba la etiqueta y un poquito de arena.

—Bueno, ¿me traes mi carácter?—interrumpió Alfredo.

—Naturalmente, monseñor—contestó el judío, sacando del bolsillo del caftán la mugrienta cajita.

—No te molestes. Te lo dejo para siempre. No me hace falta. La experiencia me ha demostrado que se vive muy bien sin carácter. Mucho mejor queteniéndole. Pero, además, te ofrezco otro negocio. Me queda algo que venderte.

—¿El qué?

—Todavía conservo cierto pudor que me molesta de cuando en cuando. Te lo vendo.

Aarón se encogió de hombros. Movié negativamente la cabeza y repuso con acento desdenoso:

—Gracias. No me interesa. Es una mercancía que sobra en todas partes. Para convencerse, le bastará, monseñor, mirar estas paredes.

Svátopluk CECH



LA UTOPIA ESTA EN MARCHA...



Supongamos, lector, que usted asiste, como simple espectador o en calidad de miembro del Comité dirigente, a una de esas reuniones internacionales, tan numerosas después de la segunda guerra mundial—congreso, conferencia o «meeting»—, organizadas conformemente a las mejores reglas de propaganda. Los más perfeccionados medios técnicos, aliados a los trucos de la psicología individual o colectiva, deben asegurar el máximo de publicidad y de eficacia a la causa proclamada de antemano por la Prensa y la Radio como esencial, central, decisiva y vital para el destino de cada hombre, para el porvenir del mundo...

Esta reunión puede ser convocada por una de las «entidades» más o menos disfrazadas de la Organización de las Naciones Unidas, por una sección de la U.N.E.S.C.O., por uno o varios gobiernos que tratan de aplazar así cuestiones internas más graves y apremiantes, o por un «Partido único» cuyas ramificaciones, semejantes a los tentáculos de un pulpo con sus insaciables ventosas, se han extendido y fijado en todos los países y continentes. La reunión está puesta bajo la égida de la Unidad y del Federalismo: para una Europa unida, con su Parlamento y su gobierno; para una federación aduanera y económica, o aun política; para una confederación espiritual, para la salvación de la cultura universal, y, naturalmente, contra todos los racismo, colonialismos, imperialismos y fascismos. Existe también un Movimiento universal para la Confederación mundial; se habla mucho del Gobierno mundial, y numerosos son los que, imitando a Sócrates o, más modestamente, a Garry Davis, se declaran «ciudadanos del Mundo», los unos quedándose en la cotidiana práctica de simples ciudadanos nacionales y los otros (no son aún sino un puñado en cada país) aceptando el riesgo de los «al margen de la ley» y de los irreductibles anti-autoritarios. La reunión a la cual usted asiste puede también ser puesta bajo el signo de la Libertad, para la defensa del Hombre, para la Paz, sobre todo para la PAZ. «Partidarios de la Paz», «Combatientes de la Paz», que son—evidentemente—muy otra cosa que los solitarios, pero firmes «objetores de conciencia», que esos pacifistas integrales y activos para quienes la palabra «paz» significa sencillamente: «realizar» la paz. Y hay las reuniones de los humanistas, los neo-humanistas, que también son otra cosa que los «Servidores del Espíritu» y los humanitaristas positivistas, para los cuales la Humanidad no es una abstracción, sino una realidad individualizada y, al mismo tiempo, un organismo planetario, por encima de las ficciones denominadas naciones, Estados, razas, castas, clases, partidos, etc.

En fin, amigo lector, supongamos que a la reunión que usted asiste, un hombre que no es célebre jefe, ni presidente de gran prestancia, ni aun delegado de un grupo o un partido, un hombre de modesta apariencia, pero venerado por algunos

fieles, pida la palabra. Por inadvertencia o condescendencia, se la dan hacia el fin de la sesión, sólo por algunos minutos. El «orador» no puede decirlo todo en una sola frase, como Hillel, el antiguo sabio, que formuló así su doctrina de amor y verdad. Mas será breve. Y he aquí lo que lee sobre un pequeño papel, con voz un poco velada, pero cálida, vibrante de sinceridad y del sentimiento de la responsabilidad hacia «su» mundo y también hacia los que lo escuchan:

«La civilización humana no proseguirá el curso de su evolución hacia la Paz, la Justicia, la Libertad y la Prosperidad si no es en las siguientes condiciones:

Abolición del régimen milenarista de la preponderancia del factor político sobre los innumerables factores económicos y espirituales.

Es necesario para eso hacer desaparecer progresivamente, pero lo más rápidamente posible—su total supresión es el objetivo final—, los Estados políticos y militares centralizados.

Es necesario reemplazarlos por las E.C.A.D. y las E.C.H.A.D. (como se ve, es la moda de las siglas); es decir, por los Estados Cosmopolitas Autónomos y Descentralizados.

La diferencia entre estos dos tipos de Estados será ser o no «harmonianos», es decir, de haber o no adoptado la doctrina propuesta por Harmonius: neocrisiana, spenceriana y nietzscheana, equilibrando la Voluntad de Paz, Amor y Apoyo mutuo, la Voluntad de Evolución biológica y ética natural, la Voluntad de Potencia estética y multiforme.

Esos Estados serán, unos y otros, de carácter puramente administrativo, jurídico y cultural. Como principio tendrán la libertad, responsabilidad y sinceridad de los individuos y de sus libres comunidades, espontáneas o tradicionales, totalmente independientes de toda obligación llamada colectiva, en realidad siempre impuesta por minorías, más o menos anónimas e inestables, en nombre de supuestas mayorías conocidas y estables, pero mal definidas...

Estos Estados se constituirán por segregación, tan numerosos como pueda agradar el constituirlos a poblaciones habitando el mismo territorio o también territorios separados.

Estos Estados se federarán para asegurar su independencia y su seguridad común y recíproca.

Las federaciones no podrán ser impuestas ni opuestas a las partes de la población de un mismo Estado, los cuales las recusan por sus relaciones mutuas, excepto para lo que constituya la protección de un dominio indivisible o de tradiciones indivisibles e intangibles, y excepto, para los refractarios, en respetar las leyes locales como actualmente los extranjeros o forasteros deben respetar las leyes nacionales y los reglamentos o usos locales.

Corresponderá a estas Federaciones el extenderse o no en Confederaciones y constituir sus órganos de protección y seguridad común, mediante fuerzas cuyo reclutamiento será puramente voluntario,

sin otras obligaciones que las contractuales e individuales.

Los E.C.A.D. y los E.C.H.A.D. rechazarán todas las instituciones aduaneras o sistemas monetarios de uso obligatorio, como todos los sistemas obligatorios de instrucción y educación de los individuos menores o incapaces.

En fin, todos los Estados, Federaciones y Confederaciones admitirán el libre ejercicio de las interpenetraciones asociacionistas interestatales, interfederales e interconfederales no contrarias a sus propias leyes...

Este tema es intangible, polivalente y suficiente. Implica y permite todos los desenvolvimientos administrativos, culturales, económicos, estéticos, éticos, filosóficos, sociales, espirituales y viricuiturales, sea de naturaleza individualista o mutualista, posibles e imaginables.

Es la Carta del mundo civilizado, que inmediatamente deben conocer todos los hombres civilizados.»

Tal vez ha reconocido usted, amigo lector, las ideas, la fe y el acento del «vidente» H.-L. Follin. Es verdad. Estas líneas, publicadas aquí por primera vez, son retazos de una carta que me envió el 11 de marzo de 1948, para «sugerirme el tema» de su concepción cosmometapolita y las positivas formas que podrían dársele en un futuro más o menos próximo. Y también espero que no habrá usted sonreído, como casi todos los presentes en la reunión a la cual le he hecho asistir. Sonrisa de asombro o incompreensión, de competencia desdenosa, de dogmática seguridad, o de ese «espíritu» de rebaño que sólo sabe aclamar los «slogans» y las resoluciones confeccionadas en las oficinas secretas de los dirigentes y administradores... Mejor aún, sonrisa de despecho, por verse bruscamente dejado atrás, achicado, puesto al desnudo, tal un gusano que quisiera hacer el águila evolucionando en las alturas del Poder, la Justicia, la Paz, etcétera, etc. Y sobre todo la sonrisa de compasión de todas las gentes que se creen bien pensantes, por ese «capricho» de verborrea, o por ese pobre idealista perdido en las nubes de su «metafísica», por ese perturbador que, en realidad, leyendo su pedazo de papel, ha hecho precipitarse (como un cristal lanzado en una solución de diversos elementos) las ideas confusas, mezcladas, fragmentarias y contradictorias de la sociedad contemporánea, y las ha clarificado en la ordenanza de una concepción impersonal. Esta concepción, no obstante, a todo el mundo podía llegar, a cada grupo y a cada individuo, por uno u otro punto de sus fórmulas acumuladas en un mínimo de palabras.

«Id y esparcid mi palabra», decía aún este Vidente en un llamamiento firmado Harmonius, a sus ochenta y dos años. «La Palabra que puede conciliar las formas materiales con las fuerzas espirituales del mundo, las de Occidente con las de Oriente, porque representa el mejor equilibrio en nuestro siglo de lo heterogéneo, coherente y definido, y puede así salvar a nuestra civilización del borde del abismo...» «La Palabra que asegurará la perfecta colaboración de la fe, la sabiduría y la ciencia...»

Verdad es que, en su «tema», Follin emplea aún ciertas palabras que no perdieron toda su fatídica resonancia. Pero un antiautoritario, un individua-

lista, un anarquista, un pacifista integral, un humanitarista que sigue en el terreno de la biología y la sociología y aspira hacia las alturas accesibles del espíritu y de la cultura universales, todos los que están liberados de los prejuicios, mentiras y fetichismos de una educación esclavizadora y dominadora a la vez, pueden encontrar en la concepción cosmometapolita de Follin-Harmonius los substanciales elementos de una verdad valedera para todos. Reemplacemos la palabra «Estado», cuyo sentido está ya depurado y renovado por Follin en ciertos párrafos suyos, por la palabra «Comuna» o «Asociación», y se hará así aceptable para eventuales contradictores. Transpongamos otros párrafos a otra época—algunas generaciones y aun un siglo más tarde—, y ciertas pesadeces o «imposibilidades» desaparecerán en las perspectivas de una más vasta armonía.

Gran número de esos federalistas, unionistas, pacifistas y humanistas que se reúnen en «congresos mundiales», todo esos partidarios de un «mundo unido», olvidan que el mundo no estará unido sino por encima de los Estados, eliminando todas sus trabas: ejércitos nacionales, policías políticas, partidos militarizados, leyes de clases, privilegios de raza, soberanías, etc. Esos hombres de «buena voluntad», esos sabios, artistas y especialistas en todos los dominios sociales, arrastran aún en sus pies las bolas de las falsas herencias, las «palabras de orden» parasitarias, las prudencias paralizadoras o las tenaces hipocresías. Son aún prisioneros de ese «confort» intelectual que no se atreve a dejar el salón y la biblioteca para marchar a grandes pasos por las rutas de la Acción hacia los movientes horizontes de un mundo libre, más justo y hermoso.

Pero todos esos «progresistas», sean de izquierda o de derecha, están ya tocados—«volens nolens»—por los llamamientos de la Verdad y de la Vida. No pueden negarse ya a ver la realidad más profunda, por encima de las apariencias convencionales, demasiado a menudo odiosas, y oír los mandatos de la conciencia. De esa conciencia que no teme perjudicar ciertos intereses particulares o «colectivos», suprimir las injusticias y los privilegios, sino que quiere servir los ideales y los intereses generales y permanentes de la Humanidad entera, del «Genus Humanum sub specie eternitatis».

Así, quienes hablan de unidad, sea de Europa o del planeta, deben buscar más lejos, en el pasado de los sabios y en el porvenir de los visionarios, sin ignorar las lecciones biocósmicas. Los que hablan del federalismo, sea de su país, sea de su Occidente o de su Oriente, deben «encontrar» las raíces del federalismo viable en las páginas de un pensador liberador como Proudhon, por ejemplo, y en el impulso revolucionario, como el magnífico de España en 1936-39, que no traicionó al Pueblo en nombre de una «justicia social» para sojuzgarlo de nuevo bajo las mil leyes de un «orden» burocrático y policiaco, absolutista y faraónico, para gloria de una oligarquía de partidarios. El orden—el dulce y lúcido sabio que fué Eliseo Reclus nos lo ha dicho ya—se encuentra allí donde toda forma de autoridad es excluida: «La anarquía es la más alta expresión del orden... ¡No estremeros, mundialistas, federalistas, pacifistas y humanistas que os reunís en congresos para salvar el mundo del caos en el cual todos os debatis! Abrid ciertos

libros de historia del anarquismo, sobre los movimientos libertarios, leed «El Apoyo Mutuo» de Kropotkin, los artículos rigurosamente lógicos de Malatesta, las confesiones de Thoreau, las prometeicas páginas de Stirner, los flamígeros llamamientos de Bakunin y de cien otros, cuya voz fué sofocada por los coros macanizados de los «dialécticos» y de los «materialistas históricos» que han abandonado o falsificado el verdadero socialismo y el verdadero comunismo.

Leed esas obras de otro siglo y que nada han perdido de su viva verdad. ¡Léalas o reléalas usted también, astucioso y glorioso Sartre! Usted deja crecer por doquier, monstruosamente, el mito existencialista, sabiendo que se desvanecerá con esta sociedad de fantoches, cobardes, extraviados o cínicos brutos surgidos de la segunda guerra mundial. Pero usted ha hecho ya, con otros intelectuales, su reverencia discreta a esta concepción amplia y franca, a la vez natural y sintética, que se denomina «socialismo libertario». (Cito, para quienes lo ignoran, algunas líneas de su ensayo «¿Qué es la literatura?»: «Debemos en nuestros escritos militar en favor de la libertad de la persona y de la revolución socialista. Se ha pretendido a menudo que ambas no eran conciliables: es misión nuestra mostrar incansablemente que se implican una a otra.» Páginas 100-101, revista «Les Temps Modernes», julio de 1947.)

Como usted, los que en fin han descubierto lo que se enconde bajo los «imperativos» de un régimen estatal o autoritario que se llama comunista, socialista y también democrático, y que se aproximan con titubeantes pasos a los inexplorados pero suntuosos dominios de la libertad individual y la libre asociación, deben leer las obras tan documentadas de un crítico e historiador como Max Nettlau sobre las utopías a través de los siglos, sobre las diversas concepciones anarquistas, y particularmente sus ensayos sobre el socialismo autoritario y el socialismo libertario.

¡Y otros aún! En Francia Marcel Dubois, un octogenario aislado y desconocido como Follin, ha dado desde el principio del siglo la misma advertencia: «Armonización o Caos», y ejerce en nuestros días su implacable crítica contra los «ilusionistas doctrinales», contra todas las «estafas» sociológicas, desde la del marxismo hasta la de los sabios que traicionaron a la ciencia por un sillón académico o un enchufe en la U.N.E.S.C.O. u otra

institución rentable. Sus memorias a la Academia de las Ciencias («La condition humaine et l'Atomique»), sus peticiones a la O.N.U. («Droits de l'Home et la Paix»), rechazadas por esas «entidades», son, sin embargo, testimonios de un espíritu libre cuya divisa es: «La Ciencia sierva sólo del Bien».

Los pacifistas—«partidarios» o no—, ¿saben que existe una historia de «La Paz creadora», escrita por Barthélemy de Ligt, antiguo sacerdote pasado a las arenas de la acción social desde la penumbra mentirosa de las iglesias? ¿Conocen algo sobre el pacifismo científico, la biología de la guerra, la sociología basada en los «hechos sociales» de la vida, y no en las doctrinas fabricadas por profesores para uso de sus amos atrincherados en los bancos y los secretariados de los partidos políticos? En fin, ¿conocen todos esos «progresistas» que la verdadera Historia de la Humanidad es muy otra que la enseñada en las escuelas del Estado? H. G. Wells nos ha ofrecido un esbozo, muy difundido a pesar de todo, y que otros deben ampliar, y también clarificar y coordinar.

Todo está en comenzar para fundar la cultura a la vez humana y universalista sin la cual no existe evolución ascendente hacia las cimas del Espíritu, y ni aun revoluciones para una sociedad liberada de gobiernos y de todos sus verdugos, parásitos y tiranos. Los materiales para las futuras realizaciones libertarias y humanitaristas existen ya acumuladas merced al esfuerzo de precursores ignorados o difamados. Que vengan los constructores para elevar las ciudades nuevas de la Paz y del Amor...

Los precursores no han muerto en vano. Sus palabras se multiplican como la fértil semilla cuando encuentra un poco de calor y luz, un poco de sangre límpida y vibrante de eternidad. Los precursores son los forjadores de las utopías. Las nutren con su alma y su pensamiento, con su confianza en la vida y en su hermano, su semejante: el Hombre, que—se ha dicho ya y repetido— es la medida de todas las cosas. Y así es como las utopías no desaparecen, semejantes a espejismos en el desierto, toman cuerpo: tienen la faz y los gestos humanos. Y se encaminan hacia nosotros para el fecundo encuentro del pasado y del futuro en la alegre actualidad creadora...

Eugen RELGIS



COLECTIVIZACIONES INDUSTRIALES EN LA REVOLUCION



UNA colectividad de trabajadores, tal como la entiende un trabajador evolucionado, no es más que faena en común, con pocos o muchos adherentes, que pactan libremente ellos mismos todo lo que se refiere al trabajo, al destino de la producción, a las modalidades de compensación, al intercambio, al transporte, a la separación o al ingreso de nuevos adherentes, a las mejoras y obras de utilidad, a la distribución general y a la intercomunicación con otras colectividades que tengan objetivo semejante.

MENTALIDAD DOMINANTE EN CATALUÑA SOBRE COLECTIVISMO.—Los tres principios básicos de la Colectividad son:

1° Que no intervenga en su régimen interior ninguna institución, ya sea oficial o privada, ningún individuo ajeno a los adherentes que la constituyen, con excepción de los casos en que pueda ser necesaria la asistencia de asesores o técnicos a título consultivo.

2° Que la insuficiencia normal respecto a necesidades que no se cubran con la producción obtenida directamente, se remedien mediante intercambio en especie con otras entidades similares o afines.

3° Que la expansión del principio colectivista se fomenta en el sentido de favorecer la Federación de Colectividades de radio Comarcal, Regional e Internacional, extendiendo los pactos libremente promovidos y consultivos.

Estas bases eran coincidentes en las mentes que alentaron el movimiento colectivista en España desde 1936 a 1939, en los hombres que las animaron desde la base. Era un criterio que se observaba con generalidad y puede decirse con unanimidad.

Lo esencial era proscribir decididamente la atribución individual de provechos y beneficios. Proscribir la atribución privada de provechos y beneficios y al propio tiempo la atribución de los mismos a la misma Colectividad como unidad comercial. Estos puntos de vista producían graves fricciones cuando una Colectividad se había hecho cargo de productos acumulados en cantidad o calidad considerable por la empresa capitalista hasta el 19 de julio de 1936, mientras otras Colectividades no contaban con productos.

El desnivel resultaba improcedente. La Colectividad bien provista ejercía por lo regular un control absoluto sobre la producción almacenada antes de julio del 36, a la que daba destino comercial en la mayor parte de los casos, mientras las Colectividades sin recursos ni reservas tropezaban con penosos inconvenientes.

El punto de partida, tenía, pues, desventajas para unos colectivistas y ventajas para otros. Ya desde el origen, la idea dominante en general, que era cooperadora y solidaria, se vio contrariada por

evidente falta de equidad, lo mismo en Cataluña que en otras zonas liberadas desde el primer momento del fascismo. Si realmente hubo excepciones, también resultaba evidente que las excepciones no contradicen la regla.

¿Podía el Estado y en Cataluña la Generalidad remediar tal estado de cosas? ¿Podían remediarlo los técnicos o los burócratas? La respuesta no es difícil. No podían ni querían. Los elementos oficiales de cualquier jurisdicción y los cuadros de técnicos obedecían a la mentalidad intervencionista. Todos ellos afirmaban que los trabajadores eran incapaces de organizar su vida y su trabajo. Esta opinión se ha visto siempre en abierta colisión con los hechos.

En lo que atañe a Cataluña, puesto que a Cataluña nos referimos de momento, la industria burguesa de gerencia unipersonal se había establecido por antiguos operarios de fábrica que utilizaron su destreza y sus conocimientos para titular empresas de tipo acumulativo, incluso para avanzar en el ramo de la técnica.

En los negocios industriales de firma bipersonal, en las comanditas, el elemento decisivo era el obrero cuando se trataba de impulsar el rendimiento, cuando había que introducir reformas, cuando era preciso luchar por la competencia.

Al generalizarse el régimen de sociedades anónimas, consistente en emitir acciones y en imponer a un ritmo rápido la producción «standard», lo que se hizo en realidad fué ampliar fábricas o fundarlas en grande para que sus gerentes pudieran ser más comerciantes que fabricantes. Los negocios industriales se relacionaban mucho más estrechamente que antes con la Banca y con el Estado, con los aranceles y con la política. El rendimiento se calculaba prácticamente por el hecho de imponerse el destajo, favorecido por la máquina. Las calidades menguaban, los accionistas desconocían el mecanismo industrial y se limitaban a cobrar el interés del capital. Los altos directores de la industria no tenían experiencia tan acabada como los viejos operarios que habían empezado por contar con unos pocos telares. Si faltaba dinero para dar expansión a una industria de las llamadas de alto vuelo, el Banco proveía, y cuando no, se emitían nuevas acciones con automatismo bancario.

Pero por lo que se refiere a la industria y a la competencia en los lugares de trabajo, los operarios de Cataluña tienen un historial brillante, en abundantes casos excepcional. Sólo podían ser desbordados dejándose manipular por la burocracia decretal de la Generalidad, que desconocía tanto como el Estado, el carácter del operario, sus vehementes ideas de equidad, su apego a los avances humanos y profesionales. Bien demostró en el curso de un siglo el proletariado industrial de Cataluña su temple de luchador y su competencia. Pero la modestia se tomó por inaptitud y la templanza

por negación en julio del 36. La generosidad, la abnegación, el deseo de evitar conflictos nuevos en aquel ambiente de excitación de la guerra, se consideró suficiente para proclamar el reinado de los tinteros y cubrir el territorio con decretos.

¿Por qué cada Colectividad o cada Unión de Colectividades federadas en el marco de la Confederación Nacional del Trabajo, que era el de la industria de Cataluña y respondía tradicionalmente a la convicción federalista no estimó que las colectivistas estaban capacitados para hacer su propia norma acordada sin intromisión ajena? Era una base de eficacia. Evitaba los choques. Podían servirse los trabajadores de afines inmediatos para la tarea administrativa, de asesores desinteresados para todos los menesteres derivados de la producción y de la provisión de primeras materias. Seguramente se hubiera evitado la contradicción que se dió en el hecho de haber Colectividades ricas y Colectividades pobres. Se hubiera evitado sin choque y sin consecuencias desagradables.

Pero todo se confiaba en las alturas determinantes a los procedimientos ejecutivos, a los decretos, y así como una guerra no puede ganarse por decreto, tampoco puede ganarse por decreto la simpatía de los trabajadores.

En las breves notas que siguen queda registrada y demostrada la avidez decretal de los determinantes políticos que se apropiaron ejecutivamente la facultad de legislar inundando el país de normas en vez de apartar de su cuidado, que estimulaban providencial, las cuestiones del trabajo, desplazando a los habituales de lo que era atribución de éstos.

DIVERGENCIAS ENTRE LOS SECTORES SINDICALES Y DENTRO DE CADA SECTOR.—Cuando hacia septiembre de 1936 los militantes de las dos sindicales más notorias de España—la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores—trataron de esbozar programas de tipo económico, se advirtieron inmediatamente diferencias de apreciación.

Cada sector sindical divergía del otro. Dentro de cada uno de ellos había también diferencias de apreciación.

La Confederación Nacional del Trabajo hablaba en Madrid «de la socialización de la gran industria y del gran comercio, como de los transportes en general; control obrero en las industrias y comercios privados; usufructo por los sindicatos obreros de los medios de producción y de cambio socializados y planificación de la gran industria».

La misma Confederación Nacional del Trabajo hablaba en Barcelona de manera distinta. «Hay que ir—decía—a la colectivización integral y progresiva de todas las empresas; los beneficios deben ir a un fondo común, administrado por el Consejo de Economía.»

La Unión General de Trabajadores se reservaba en Madrid, pero en Barcelona hacía saber en un manifiesto que se proponía «organizar cooperativamente la industria abandonada, establecer el control obrero en lo que reste de la gran industria y proteger la pequeña burguesía industrial y comercial.»

En el propio terreno de la Confederación Nacional del Trabajo, organización de más arraigo y tradición en el conjunto de los trabajadores cata-

lanes, surgían dos interpretaciones distintas. En Madrid se preconizaba la socialización de la gran industria y usufructo por los sindicatos. En Barcelona se quería colectivizar toda la industria, destinando los beneficios al Consejo de Economía, organismo en el que habían de participar los partidos políticos y las organizaciones sindicales, sin que apareciera nunca la explicación del por qué habían de integrar un Consejo de Economía los núcleos políticos totalmente ajenos a todo principio económico y a cualquier actividad del mismo carácter, absolutamente incompetentes en economía y nulos desde el punto de vista de la producción.

En Madrid se abogaba por trasladar «todo el poder político a los sindicatos». En Barcelona se transigía con un organismo que se tenía por coordinador al margen de los sindicatos.

Estas diferencias demostraban en parte ausencia de amplia deliberación anterior de la base, sobre todo, ausencia de médula federal en los que las preconizaban, puesto que el doctrinarismo de clara orientación unitaria en general reemplazaba a los posibles acuerdos concretos. Demostraba que la acción de los sindicatos quedaba borrada, como enlodada por su excesivo peso a partidos desvinculados por completo de la producción.

Los elementos adversos a la Confederación Nacional del Trabajo, especularon con semejante estado de cosas, que calificaban de «caos». Tomó cuerpo la repulsa contra el consabido «caos» y con anuencia oficial de la Confederación Nacional del Trabajo, se creó el Consejo de Economía. Tenía por base teórica coordinar los distintos criterios y plasmar en hechos lo que en definitiva se acordara fuera o dentro del contorno sindical, pero con directivas ajenas.

EL CONSEJO DE ECONOMÍA.—Decía el artículo 1º del decreto de la Generalidad estableciendo el Consejo de Economía de Cataluña: «Se crea el Consejo de Economía de Cataluña cuya jurisdicción abarcará todo el territorio catalán y que constituirá el organismo ordenador de la vida económica de Cataluña.»

Hacia constar el artículo 2º: «El Consejo de Economía, previos asesoramientos que estime necesarios, acordará las normas adecuadas para el establecimiento de la normalidad económica en todo el territorio catalán.»

Estaba representada la Esquerra Republicana de Catalunya en el Consejo de Economía por tres delegados: Acció Catalana por uno; la Confederación Nacional del Trabajo por tres; La Unión General de Trabajadores por tres; la Federación Anarquista Ibérica por dos; el Partit Socialista Unificat de Catalunya por uno; el Partido Obrero de Unificación Marxista por uno.

Era un conjunto de partidos proletarios y burgueses, unidos para conseguir precisamente lo que separa a unos y a otros: la ordenación económica. Con el conjunto de partidos proletarios y burgueses, habían de colaborar los anarquistas específicos; dos tendencias políticas marxistas de apelativo unificador ambas, pero sin unificar y en constante fricción; los católicos burgueses de Acció Catalana y los otros de distintos núcleos; los adherentes a dos organizaciones proletarias: de acción directa en el pasado una, de conexión con el Estado otra, rivales entre sí históricamente.

Del programa de actividades que elaboró el Consejo de Economía, podemos destacar estos cuatro apartados esenciales:

1º Colectivización de las grandes industrias, de los servicios públicos y del transporte en común.

2º Incautación y colectivización de los establecimientos abandonados por sus propietarios.

3º Intensificar el régimen cooperativo en la distribución de productos, y en particular, explotación en régimen cooperativo de las grandes empresas de distribución.

4º Control obrero sobre todas las industrias que continúen en régimen de empresa privada.

Como aplicación práctica, empleando la terminología corriente, de las bases elaboradas por el Consejo de Economía, y según opinión manifestada al efecto, de acuerdo los distintos sectores que componían el Consejo, cuya jurisdicción hemos de recordar que se contraía exclusivamente al territorio catalán, surgió el llamado Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero, promulgado por la Generalidad el 24 de octubre de 1936, a los tres meses de reprimido en Cataluña el movimiento militar.

En el período de gestación, el Decreto fué sufriendo sucesivas modificaciones, que iban perfilando el carácter que llegaría a tener. Evidentemente, hubo transacciones entre unos y otros componentes del Consejo.

Establecía un primer proyecto en media docena de artículos, que todas las empresas con más de cien obreros serían obligatoriamente colectivizadas, añadiendo que en casos distintos, es decir, cuando el censo de una empresa no rebasara los cien operarios, se estudiarían nuevas normas. Disponía que la empresa colectivizada sería administrada por un Consejo formado por los propios obreros, haciéndose cargo del Activo y del Pasivo de la antecesora. Estas disposiciones—tomadas en ausencia de los trabajadores y que habían de cumplirlas sin conocimiento previo ni deliberación pertinente—formaban el esqueleto del proyecto primitivo, que no tardaría en contar, dada la fertilidad legislativa de la época, con textos complementarios.

En efecto, un segundo proyecto establecía el procedimiento de elección de los Consejos de Empresa, lo mismo que sus funciones y constitución interna, añadiendo que se regirían las empresas—nótese la mentalidad dirigente—de acuerdo con los planes de carácter general establecidos por los Consejos Generales de Industria.

Establecía el segundo proyecto la obligatoriedad del control obrero y su alcance a la jurisdicción en todas las empresas no sujetas a colectivización. Pretendía crear en cada comarca catalana Consejos de Economía de acuerdo con los principios federalistas invocados por los elementos autonómicos, contra el criterio centralista que respondía al estilo marxista, concretado en los Consejos Generales de Industria.

Los dos proyectos de decretos cuyas principales características se exponen anteriormente, fueron fusionados en uno solo.

Se suprimió en éste todo lo referente a Consejos Comarcales de Economía y no volvió a hablarse de ellos. Se estableció la potestad de colectivizar empresas de menos de cien operarios. Se fijó el procedimiento para concretar el Activo y el Pasivo de las empresas en el momento de la colectivización. Finalmente se preveía la forma de indemnizar

los capitales colectivizados cuando no se tratara de empresas abandonadas por sus dueños.

Y por último apareció el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero en su texto definitivo.

Se advertían muchos retoques en este Decreto de redacción definitiva. El retoque más importante fué suprimir todo el articulado que se refería a indemnizaciones, quedando subsistente únicamente la indemnización de capitales extranjeros, pero sin concretar en qué forma había de realizarse.

Por lo demás, el Decreto contenía una extensa parte expositiva que se puede concretar en cuatro puntos esenciales.

1º Supresión de la renta no procedente del trabajo.

2º Conversión del capital privado en capital colectivo.

3º Derecho de los trabajadores a la gestión de la economía.

4º Subsistencia de la pequeña propiedad privada.

Aun cuando no figuraba en el Decreto como materia propia, se había previsto en el preámbulo la constitución de un organismo para financiar las empresas deficitarias y crear núcleos industriales nuevos con parte de los beneficios de las industrias que debían revertirse.

También se preveía la posibilidad de agrupar en grandes concentraciones industriales las empresas de un mismo ramo, que en Cataluña estaban en exceso desperdigadas, sobre todo en la industria fabril y textil.

EL DECRETO DE COLECTIVIZACIONES Y DE CONTROL OBRERO.—Pasemos al articulado del Decreto de Colectivizaciones. Dice el artículo 1.º:

«Las empresas industriales y comerciales se dividen en EMPRESAS COLECTIVIZADAS, en las cuales la responsabilidad directiva recae en sus propios obreros representados por un Consejo de Empresa, y en EMPRESAS PRIVADAS, cuya dirección corre a cargo de su propietario o gerente, con la colaboración y fiscalización del Comité Obrero de Control.»

Según el texto, tenían que ser obligatoriamente colectivizadas todas las empresas industriales o comerciales que el día 30 de junio de 1936 ocuparan más de cien asalariados, y también aquellas otras que, con menos obreros, sus patronos fueran declarados facciosos o abandonaran la empresa.

También eran objeto de colectivización las empresas con más de cincuenta y menos de cien obreros si las tres cuartas partes del personal acordaba que funcionaran en régimen colectivista.

Incluso las empresas con menos de cincuenta obreros podían colectivizarse si mediaba acuerdo en tal sentido entre el propietario y la mayoría de los obreros.

El Consejo de Economía establecía las disposiciones apuntadas sin conocimiento de los productores. Naturalmente, no requería estampilla parlamentaria, a pesar de tener Cataluña un Parlamento flamante y a pesar de que los elementos políticos que integraban el Consejo de Economía habían preconizado incansablemente la intervención parlamentaria tanto en los problemas económicos como en los demás. En rigor, todos los componentes del Consejo de Economía estaban colaborando en el hecho de dar pautas obligatorias a los trabajadores desde fuera del trabajo. De repente, los parlamentarios

despreciaban el Parlamento. Daban la razón, un poco tarde, a los apolíticos y precisamente en el momento de absorberlos.

El sistema decretal fué empleado sin excepción. Y nada tiene de extraño que el Consejo de Economía se apropiara el derecho de colectivizar «aquellas otras industrias que por su importancia dentro de la economía nacional o por otras características, convenga sustraer a la acción de la empresa privada.»

Según el artículo 26, no podrán rehuir las empresas tanto colectivizadas como no, el cumplimiento de los acuerdos adoptados por los Consejos Generales de Industria «cuyos organismos serán ejecutivos y tendrán fuerza de obligar.»

Lo que determina el Decreto respecto a Consejos de Empresas colectivizadas y a Comités de Control en las empresas privadas, puede resumirse así: Se hará cada elección en asamblea general. Habrá de estar formado el Consejo de Empresa o Comité de Control por un mínimo de afiliados elegidos en proporción al censo de las organizaciones sindicales y tener representación de los distintos servicios que haya en la empresa (producción, administración, técnicos, etc.). Serán responsables los nuevos cargos ante la asamblea que los eligió y ante el Consejo General de la Industria correspondiente, de acuerdo esto último con disposiciones posteriores. Los cargos eran gratuitos por dos años.

Determina el artículo 11 que los Consejos de Empresa «asumirán las funciones y responsabilidades de los antiguos Consejos de Administración (en las Sociedades Anónimas) y de las gerencias.» Las funciones podrían ser delegadas total o parcialmente en un director.

«Todas las empresas colectivizadas tendrán un interventor de la Generalidad, nombrado por el Consejo de Economía de acuerdo con los obreros» según el artículo 15. El interventor nombrado «velará por el cumplimiento estricto del Decreto y disposiciones complementarias, así como las que dimanen de los Consejos Generales de Industria, sirviendo aquel interventor de enlace entre la empresa y los organismos oficiales» y ejerciendo en ciertos casos el derecho de veto contra los acuerdos del Consejo de Empresa contrarios al Decreto de Colectivizaciones. Esto último fué un acuerdo del Consejo de Economía.

Como se ve, no hacemos apenas más que recorrer objetivamente los textos oficiales y consignar sus disposiciones. No eran estas escasas ni claras, ciertamente. Respondían a la creciente multiplicación de oficinas directivas, de consulta, de intervención, de veto, de dependencia, de enlace, de relación obligada. Sabido es que la burocracia exige un número creciente de recodos hasta el infinito. Es preciso dirimir los conflictos de jurisdicción y discutirlos antes. Las complicaciones y bifurcaciones no expresamente técnicas, ocupan más espacio, más máquinas de escribir y más tiempo que las cuestiones técnicas. Si se añade lo que podríamos llamar contencioso o discutible, lo equivoco y lo imprevisto, lo confuso de un régimen de tipo decretal, lo que se rechaza aun dentro de las mismas normas establecidas, lo que se hace sin satisfacción interior y lo que resulta producido con exceso de fatiga y exceso de automatismo, vemos que el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero era una intromisión en la vida del trabajo; que ni la Generalidad, ni el Estado ni el Consejo de Economía

garantizaban un mínimo de alimentación; que las disposiciones obligatorias se dictaban desde un lugar apartado del trabajo y sin conocimiento de los trabajadores, a los que se situaba como peones de ajedrez sobre un tablero. El Decreto de Colectivizaciones fué un alarde de economía intervenida por todo el mundo menos por los trabajadores. Precisamente cuando éstos estaban demostrando capacidad y laboriosidad en fábricas, talleres y minas, se les puso entre espada y pared con raciones microscópicas y decretos a todo pasto.

CONSEJOS DE EMPRESA.—Los Consejos de Empresa habían de tener en cuenta los planes de carácter general que para cada ramo industrial tenía establecido el respectivo Consejo General de Industria, con obligación de comunicar a éste, al final del ejercicio y además con periodicidad trimestral, el balance y una Memoria sobre su actividad. Como disposición subalterna se determinaba que los Consejos de Empresa tenían obligación de dar cuenta de su cometido realizado a los trabajadores reunidos en asamblea.

Todo el Activo y todo el Pasivo de la anterior empresa pasaba a ser patrimonio del trabajo colectivizado. Se establecía un balance-inventario deducido de la contabilidad revisada y comprobada de la empresa, acompañado de una relación detallada y valorada de todos los bienes, muebles e inmuebles. El resultado quedaba registrado en la Consejería de Economía de la Generalidad de Cataluña a los efectos de designación de usufructuarios y compensación que procediera, desglosando lo correspondiente «a aportación o a participación extranjera», lo de instituciones populares de ahorro y otros establecimientos de crédito y lo propio de particulares o empresas nacionales.

En cuanto al capital extranjero, se disponía su estimación en moneda nacional y sería reconocido íntegramente por la Generalidad.

Como en Cataluña los intereses extranjeros afectados por las colectivizaciones representaban mucho volumen, cuando tales colectivizaciones pasaron a tener carácter legal inmediatamente después del Decreto, afluyeron a la Generalidad reclamaciones abundantes de todos los países por medio de los consules respectivos.

Muchas empresas que por el capital o por las materias primas que manipulaban, así como por la circulación y colocación de productos, dependían del mercado internacional, se vieron bloqueadas por crecientes dificultades. Consecuencia de ello fué el acuerdo tomado por el Consejo de Economía el día 27 de noviembre de 1936. Consistía el acuerdo en establecer que cuando una empresa de más de cien obreros, y por consiguiente colectivizada, dependía de otra empresa y ésta era extranjera, la colectivización no había de entenderse obligatoria, sino que quedaba al arbitrio de los trabajadores de la propia empresa.

Muchos negocios fueron exceptuados y por consiguiente no colectivizados, lo cual no fué obstáculo para que los representantes diplomáticos de Francia, Inglaterra, Suiza y Bélgica insistieran durante todo el tiempo que duró la guerra con reclamaciones de todas clases. Cuando no era por cuestiones directamente relacionadas con la colectivización en vista de que el 27 de noviembre de 1936 se había resuelto en favor del capital extranjero, era por la cuestión del transporte. Italia y Alema-

nia habían retirado sus representantes diplomáticos.

COMITES DE CONTROL.—Las empresas no colectivizadas, las que de acuerdo con la orientación del Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero, de acuerdo también con las representaciones políticas de la clase media y pequeña burguesía continuaban en régimen de propiedad privada, habían de tener obligatoriamente un Comité Obrero de Control con misión interventora en las condiciones de trabajo. Habían de velar, además, por el cumplimiento de las disposiciones legales en la época referentes al trabajo mismo. Además, se hacía titulares a los Comités Obreros de Control de la facultad de fiscalizar ingresos, pagos y demás operaciones mercantiles, o sea que tenía el control administrativo. Ostentaban, además, el control de la producción «a base de colaborar estrechamente con el patrono y de mantener las mejores relaciones posibles con los técnicos».

Nadie estaba conforme con el control. Era un punto de choque. Como ocurre siempre, disgustaba aquel estorbo intermedio. Era casi prácticamente imposible aplicar el control en ningún centro de trabajo. El obrero lo consideraba insuficiente, algo así como una deformación del Comité de Empresa colectivizada.

Lo corriente era que el Comité de Control se atribuyera carácter de Comité de Empresa como si la industria controlada estuviera colectivizada sin estarlo, o bien ocurría que el patrono obstaculizaba el ejercicio normal del control. En vez de resolverse estos antagonismos por la base ya desde el principio, lo que se hizo entre conflictos y contradicciones fué recurrir a la letra muerta de los decretos, y se publicó uno muy detallado para regular el control obrero en las empresas privadas —que no existían en el campo colectivizado o que si existían se llevaban sin asalariados—.

El decreto cayó en tierra vaga. Los núcleos sindicales, tanto de la Confederación Nacional del Trabajo como de la Unión General de Trabajadores, la verdad es que saboteaban al Consejo de Economía. Todos juntos alteraban la ley del control o lo daban por inexistente, como eran para ellos inexistentes el control y las disposiciones complementarias. Parecía poco convincente que hubiera empresas privadas con ordenación parsimoniosa de control obrero, de hecho menos eficiente éste que el que se tenía establecido antes de julio de 1936 y menos beneficioso en cuanto a la retribución que antes de aquella fecha, cuando podían adquirirse alimentos con más facilidad que de 1936 a 1939.

Las urgencias y premuras de la guerra produjeron en la militancia confederal acostumbrada a la tarea industrial un efecto determinado, en primer lugar, por la ausencia en los lugares de trabajo. De ceder la guerra en favor de los combatientes adversos a Franco, los problemas efectivos, los auténticos y reales de la economía, se hubieran planteado adecuadamente, empezando por no entregarlos a especialistas teóricos que apresuradamente se habían puesto a aleccionar a los obreros, llamados aquellos especialistas en un momento de confusión.

Los problemas económicos, tan propios de las realidades de cifra y prueba, la misma marcha de la guerra, tan distinta en los comunicados oficiales

de lo que era en la línea de fuego, los angustiosos incidentes de retaguardia, la penuria general, las dimensiones entre sectores, todo se trataba desde las alturas con imprevisión y desparpajo, desembocando en arengas sentimentales y en consignas adoptadas por los partidos fuera de la realidad.

Uno de los capítulos más nutridos del Decreto de Colectivizaciones se refería a la creación de los Consejos Generales de Industria, modalidad hasta cierto punto sistemática y desde todos los puntos de vista orientada hacia la economía planificada como organización industrial.

Tales organismos no se constituyeron hasta 1938 y de manera provisional, cuando ya la guerra había perdido el ímpetu inicial y los técnicos oficiales tenían camino libre para oponerse a cualquier novedad, buena o mala, pero siempre juzgada por ellos intempestiva como si cercenara sus derechos al privilegio.

CONSEJO GENERAL DE INDUSTRIA.—Los Consejos Generales de Industria tenían por misión dictada «regular la producción industrial; unificar en lo posible los precios de coste; estudiar las necesidades generales de la industria, las del consumo de sus productos y las posibilidades de mercados peninsulares y extranjeros; fijar los límites y el ritmo de la producción para cada artículo; proponer la supresión de fábricas o su aumento según las necesidades de la industria y del consumo, o la fusión de empresas; proponer reformas de métodos de trabajo, créditos y circulación de productos; sugerir modificaciones en los aranceles y tratados comerciales; organizar centrales de venta y adquisición de utillaje y materias primas; gestionar facilidades de crédito; organizar laboratorios técnicos; formular estadísticas de producción y consumo; tender a la substitución de materias extranjeras por otras nacionales, etc.»

Como se ve, es todo un programa excesivamente complejo para confiarlo al porvenir sin resultado apreciable, excesivamente difuso y profuso para traducirse en hechos congruentes. Antes de julio de 1936, los elementos patronales cuidaban por interés particularista de aumentar sus beneficios atendiendo parecidos objetivos. El organismo centralizado que era cada Consejo General de Industria parecía substituir a la aglomeración patronal respectiva. Si concedía determinados derechos a los trabajadores, en realidad equivalía a la concesión del derecho a respirar. No se reconocía más que la propia autoridad.

Los trabajadores no tenían voz ni voto para la iniciativa, para el destino de los productos, para horario y compensación o retribución, para acordar lo procedente desde la base. Se imponía la jerarquía interventora. Al parecer, los trabajadores seguían siendo incapaces para dirimir sus propios asuntos tratando éstos de igual a igual y remediando por un sistema federativo de arbitraje deliberante sobre hechos, los inconvenientes de cualquier improvisación. Podían elegir delegados para un Consejo de Empresa o para un Comité de Control, pero cuando se tratara, por ejemplo, de modernizar el potencial industrial, aunque pudieran promover la mejora tenían que atenerse obligatoriamente al Consejo General de Industria, a los dictados de la finanza central, al Consejo de Economía, también central, a los interventores que se nombraban y pasaban a ser, más que compañe-

ros de trabajo, empleados de un núcleo gubernamental.

Se dogmatizaba sobre la incapacidad de los trabajadores, sin tener en cuenta que se necesita más capacidad para construir una casa o una locomotora que para administrar la vivienda y organizar los servicios ferroviarios. Se olvidaba que las deficiencias de cualquier clase en un reducido conjunto obrero se remedian por federación eficiente de capacidades entre los afines, y no apartando del mundo del trabajo la gestión solidaria, tan extensa como se quiera. No se tenía en cuenta el lema de la Primera Internacional de que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. En suma, se trataba de una transformación nominal mediatizada por el Estado y los partidos dominantes, imponiéndose, con el quebranto consiguiente, las directivas soviéticas.

La exuberancia infinita de cualquier sistema decretal se remedia atajándola desde el principio sin acumularse para ser objeto de decretos. A última hora, los decretos no remedian nada. ¿Cómo requisar lo inexistente? ¿Cómo combatir sin armas y en realidad sin Intendencia?

Para cada rama industrial había un organismo. Cuatro miembros representaban en él a los Consejos de Empresa y ocho a las Sindicales. El Consejo de Economía se reservaba cuatro técnicos, que nombraba a su talante.

El presidente de cada Consejo General de Industria era vocal del Consejo de Economía. Se trataba de una planificación en ejercicio, apropiada probablemente para conseguir cierta estabilidad externa en una economía dirigida y haciendo caso omiso de los productores como tales.

Era un régimen mixto de colectivismo y empresa privada. A los socialistas, partidarios no sólo de compenetrarse con el Estado, sino de ser el Estado, los planes de economía dirigida que tienden a acaparar o compartir el mando les parecen extraordinariamente sugestivos por el hecho de que cualquier tropiezo o cualquier decepción les enardece para proponer y procurar reformas constantes y reformas de reformas.

CAJA DE CREDITO INDUSTRIAL.—El Decreto de Colectivizaciones no podía prever todas las incidencias que el texto contenía en germen. Hubo necesidad de alumbrar sucesivos textos legales durante el año 1937. He aquí la referencia de los más señalados:

Atribuciones de los Comités de Control en las empresas privadas, tal como se indicó en estos apuntes anteriormente, con directivas sobre la relación que debía mediar entre Comités y patronos; es decir, dictando normas de actitud y conducta incluso para los detalles concernientes al ejercicio del control.

Estatuto-tipo de empresa colectivizada, con previsión detallada de lo que debía ser la asamblea; forma de elegir el Consejo; atribuciones de éste y del Consejo restringido, que se creó con idea de evitar la esterilidad en que se debatía a veces el Consejo en pleno según versión oficial; retoque de atribuciones directivas y de intervención, que fueron ampliadas, mientras se reducía el número de componentes del Consejo de Empresa; distribución de beneficios, etc.

Disposición regulando en detalle las atribuciones,

composición y actividad funcional de los Consejos Generales de Industria.

Decreto creando la Caja de Crédito Industrial para acabar—se decía—con la anomalía de que en un régimen colectivista siguiera la Banca especulando como entidad privada, aunque controlada—muy nominalmente—por la Consejería de Finanzas de la Generalidad. Constituida la Caja de Crédito Industrial con un capital inicial facilitado por la Generalidad y nutriéndose con el cincuenta por ciento de los beneficios de las casas colectivizadas, concedía créditos a las empresas que los necesitaban. Además, emitía cédulas de amortización de los capitales no españoles que por haber sido colectivizados fueran reconocidos como indemnizables. En fin, se proponía la Caja de Crédito Industrial ejercer todas las funciones propias de un establecimiento bancario. O, lo que es igual, trataba de quedarse con el beneficio bancario que se embolsaban los banqueros particulares. Todo esto era sumamente fácil porque los miles de pesetas podían acumularse en papel-moneda cuando el papel-moneda perdía valor, quedando depreciado por carencia de productos preciados y de circulación. Fué el último organismo de relumbrón que se constituyó en pleno colapso económico en 1938. A pesar de las dificultades del momento, el gobierno de Madrid se incautó de las imposiciones que en concepto de beneficios industriales habían hecho algunas empresas. Pretendía Madrid que se trataba de beneficios extraordinarios de guerra. Es muy difícil imaginar un cúmulo de contrasentidos como el que hay en todas estas andanzas de la especulación política y bancaria. Pero lo que resulta inmediatamente como contrasentido increíble es ver que los núcleos de trabajo ricos se convertían en prestamistas de los pobres, actuando la Generalidad de comisionista y el gobierno de Madrid de requisador de dinero mediante impuestos de castigo a los colectivistas ricos que lo eran por haber heredado montones de dinero de las empresas burguesas, dinero que empleaban en hacer préstamos a los colectivistas deficitarios.

El ajeteo producido por el dinero fué una fantasía. Enormes volúmenes de riqueza en especie—ganados, provisión de granjas y graneros, almacenes llenos de productos—quedaban en manos del fascismo porque no podía transportarse nada al exilio. Y los billetes no alcanzaban valor.

ALTERNATIVAS DEL COLECTIVISMO INDUSTRIAL.—Los acontecimientos se desarrollaban a un ritmo mucho más acelerado que la legislación. Cuando el Decreto de Colectivizaciones entró en vigor, muy parcial, con incidentes de violento antagonismo entre los colaboradores oficiales, los hechos contradecían a los textos.

Resultaba que la concentración de organismos obreros y doctrinarios políticos en un conjunto oficial contribuía, en proporción inmensa, al desbarajuste general. Sin embargo, se atribuían las máximas culpas a los trabajadores, que daban su vida en el frente y trabajaban con denuedo en la retaguardia. Las organizaciones sindicales se habían exhibido en alianza presentándose unidas en la tribuna durante la guerra y antes de la guerra. Pero en la cuestión del colectivismo industrial cada núcleo sindical y cada partido, descontando escasas excepciones, se atenia a sus propias consignas. No se tenía en cuenta que había colectividades ejem-

plares, en el medio rural sobre todo, con responsabilidad solidaria y mancomunada, sin fricción. No se tenía en cuenta que en los pequeños y no tan pequeños núcleos de población se llegó a vitalizar la administración municipal cuando se prescindió de los partidos; se puso en marcha, entre inconvenientes poco menos que insuperables, un sistema cooperador de trabajo y de distribución; se construyeron caminos y otras obras de utilidad general que quedaron practicables en el momento de la dispersión.

En las mismas industrias de guerra, que tenían carácter urgente, se vió con toda claridad la capacidad técnica del mecánico, del calibrador de motores y del transportista, muchas veces improvisado. La inventiva, el buen ánimo, los recursos del hombre despierto, las variantes del ingenio, la aplicación concienzuda en el taller, la modestia competente y silenciosa traducida en obra eficaz, todas las cualidades del Pueblo no contaminado por el morbo político resaltaron con ejemplaridad en medio de la insolidaridad y de las disputas de los partidos. Si existen éstos es para excluirse, o bien para tolerarse difícilmente totalizando en un complejo heterogéneo todos los sectores sin excepción para que se diluya la responsabilidad que un solo sector no podría afrontar. Este es el secreto de las densas concentraciones gubernamentales.

Con estricta justicia se puede afirmar que en Cataluña la influencia de la Confederación Nacional del Trabajo era decisiva en julio de 1936. Lo siguió siendo hasta la primera mitad de la guerra. Por motivo de oportunismo político, por la torrencial afluencia de pequeños burgueses y comerciantes ingresados en los rangos marxistas, sindicales o de partido, a los que llegaban cargados de pasado reaccionario; por intromisión del sovietismo en las formaciones gubernamentales sucesivas; por el Comisariado y la militarización de jerarquía, consignas realizadas con tesón, por el abandono de los frentes, lamentablemente deficitarios en viveres y armas contra moros, italianos, alemanes, portugueses y franquistas bien provistos de elementos ofensivos; por las reservas de oro bloqueadas y ociosas en subterráneos blindados, no invertidas en ganar la guerra fulminantemente en los primeros meses; por las bajas en el frente y fuera del frente; en fin, por falta de medios eficientes que negaban los que disponían de ellos y se atribuían la dirección de la guerra, la Confederación Nacional del Trabajo ha sufrido los reveses del destierro como todos, sin otro privilegio que el de ser el sector más numeroso y por consiguiente el más diezmado. Y en cuanto a las responsabilidades, mal podían los españoles, con o sin partido, atribuir a las democracias financieras del mundo la falta de asistencia en la guerra y después de la guerra. La propia democracia española tampoco asistió a los españoles más que para perder.

Las colectivizaciones industriales tuvieron un proceso de variadas alternativas. Tal vez hubo al principio una confianza de cierta manera mesiá-

nica en los teóricos. Pero el elemento popular no se entregó a ningún delirio, sino al trabajo, mientras en la cima se redactaban, más que normas, repertorios de normas. Aparentemente funcionaban las colectividades de manera democrática. En realidad, tanto el Consejo de Economía como los Consejos Generales de Industria eran organismos ejecutivos. Fuera de Barcelona, el colectivismo industrial (en el resto de Cataluña) fué menos intervenido y merecería un estudio aparte.

Se marcaba en Barcelona la tendencia a la dirección unipersonal de las industrias. Se reforzó la autoridad de los interventores y la sumisión de éstos a la Consejería de Economía. Había abuso de intervención ajena a la decretada, intervención que se llamaba «especial». Había sido algo así como un remedio de urgencia aplicado a algunos centros productores excepcionalmente por supuesta incapacidad y acabó siendo arma política.

La pequeña y la mediana burguesía se sentían cada día más fuertes. Sus representantes en el Consejo de Economía y en la Generalidad obstaculizaban la marcha de las colectividades. Por cualquier detalle mínimo se trababan batallas imponentes. El representante en el Consejo de Economía de Acció Catalana, partido de entretiempos, equidistante de la Lliga y de la Esquerra, vivero de doctrinarios burgueses, presentaba cada dos semanas una proposición que invariablemente pedía la disolución de las colectividades, saboteadas visiblemente por la burocracia y por los técnicos. Las sucesivas levas para el frente hacían variar con frecuencia el personal animador de los centros de trabajo colectivizados. Los colapsos eran ya irremediables.

El traslado a Barcelona de los gobernantes republicanos del Centro, apresuró el proceso de descomposición. Se producían tremendos choques. Lo que no era choque era resquemor y amenaza. Las jurisdicciones vivían en pugna entre conflictos sin fin, reviviendo las antiguas querellas entre el Centro, desplazado geográficamente pero más absorbente que nunca, y los gobernantes de Cataluña.

Los del Centro no reconocían para nada las colectividades catalanas. Sólo les daban beligerancia y audiencia cuando se trataba de exigir impuestos. El jefe del gobierno, recaudador perfecto, declaró, contestando a una pregunta de los periodistas, que no existían colectividades en Cataluña, puesto que él no las había decretado.

En fin, la marcha desfavorable de la guerra ensanchaba el clima de desconfianza y de pánico. Nadie quería responsabilidades en los graves momentos del éxodo. No faltaba quien pensaba situarse convenientemente para presentarse a los servicios de Franco como saboteador del colectivismo, adquiriendo así un derecho de accesión al imperio azul. Y un día cayó Barcelona en manos de Franco. De síncope en síncope, el colectivismo había durado unos treinta meses.

Felipe ALAIZ

IDEAS SOBRE EL SOCIALISMO

I

Si se pidiera a un número cualquiera de personas, sin distinción de clase o de partido, que diesen, en una fórmula concisa, una definición del socialismo, la mayor parte de ellas se verían ciertamente un poco embarazadas. El que no repite, a lo que salga, una frase cogida al vuelo, debe ante todo darse cuenta de si tiene que definir un estado de cosas o un movimiento, una teoría o un fin. Si hojeamos nuestra propia literatura socialista, encontramos definiciones muy variadas de esta concepción, según su dependencia de una de las categorías mencionadas. La veremos calificada como una derivación de ideas de justicia (igualdad, equidad), o bien sumariamente definida como una ciencia social; identificada con la lucha de clases de los obreros en la sociedad moderna, y explicada así: socialismo quiere decir sociedad asociativa (*Genossenschaftliche Wirtschaft*). Ocasionalmente estas explicaciones variadas tienen por base concepciones diferentes en principio, pero las más de las veces no son sino resultados de una apreciación o de una presentación diferente de una misma cosa.

La definición más exacta del socialismo será evidentemente la que se sujete a la idea de la asociación, puesto que esta idea expresa simultáneamente su naturaleza económica y jurídica. No haría falta ciertamente una demostración muy larga para hacer reconocer que el carácter jurídico tiene aquí al menos tanta importancia como el carácter económico. Aun dejando de lado la cuestión de si, y en qué sentido, el derecho es un factor primario o secundario de la vida social, es incontestable que el derecho de una época, cualquiera que sea, da la imagen más concentrada de su carácter. Caracterizamos las sociedades no según su base tecnológica o económica, sino según el principio fundamental de sus instituciones jurídicas. Hablamos, es cierto, de la «edad» de piedra, de la de bronce; del «siglo» de las máquinas, del de la electricidad, etc.; pero hablamos del «orden social» feudal, capitalista, bugués, etc. Así es como el socialismo podría ser calificado como el movimiento hacia el orden social asociativo o como la realización de este orden social.

E. BERNSTEIN

II

Entenderé aquí por socialismo todo sistema que implique supresión, reducción o difusión de las rentas capitalistas, por la institución de derechos colectivos sobre las cosas en provecho de comunidades más o menos vastas, al lado o en lugar de los derechos individuales. Así definido, todo socialismo puede también ser designado con el nombre

de colectivismo; pero la expresión colectivismo ha tomado en el uso un sentido más limitado.

Los sistemas socialistas que han sido objeto de una exposición sistemática en nuestra época son muy numerosos. Se pueden clasificar desde diferentes puntos de vista, aplicándose a uno de sus caracteres esenciales.

Según que la propiedad de los medios de producción y la dirección de las empresas pertenecen al Estado, a los municipios o a asociaciones libres, se distingue el socialismo de Estado, el socialismo comunal, y el socialismo corporativo. En las dos primeras formas, la unidad política es al mismo tiempo un organismo económico, y los servicios de producción y de circulación son sometidos a una dirección autoritaria sobre un territorio determinado; pero el socialismo comunal, a menos de combinarse con el socialismo de Estado, deja a los municipios regular en libertad sus relaciones económicas recíprocas. El socialismo corporativo, en estado de pureza, supone que nadie, en la asociación, puede reivindicar un derecho individual sobre el capital colectivo, ni reclamar a este título una deducción sobre los productos; el principio socialista no es incluso completamente reconocido en él sino cuando el acceso a la corporación, con todos los derechos que implica, es libremente abierto a todos. Estas diferentes modalidades del socialismo pueden ser integrales o parciales; las explotaciones industriales del Estado y de los municipios, tales como existen hoy, son aplicaciones parciales del socialismo de Estado y del socialismo municipal; una sociedad que se compusiera exclusivamente de asociaciones de producción fundadas sobre los principios socialistas realizaría el tipo integral del socialismo corporativo.

Desde otro punto de vista, se pueden distinguir los sistemas socialistas según su modo de organización del valor; unos establecen una tasación del valor en unidades de trabajo, según el tiempo de trabajo social empleado en la producción; otros, conservando el modo actual del valor, le dejan el carácter de una relación de cambio con la moneda metálica regida por la oferta y la demanda. El régimen del valor trabajo ha sido, sobre todo, aplicado al socialismo de Estado; sin embargo, se ha tratado también de introducirlo en el socialismo corporativo.

Finalmente, se puede también basar una clasificación sobre el modo del reparto; es comunista cuando todos los bienes, incluso los objetos de consumo, son comunes a todos los miembros del Estado, del municipio o de la asociación, de tal manera que los productos son a discreción de todos, o distribuidos a cada uno según sus necesidades; es colectivista cuando la propiedad común no alcanza sino a los medios de producción y de circulación, en tanto que los medios de consumo son, al contrario, adquiridos a título privativo por los individuos en proporción de su trabajo.

Maurice BOURGUIN

III

El socialismo, en cuanto se le despoja de todo el aparato de que se le disfraza, exige, sin ninguna disputa, la igualdad económica de todos los hombres. Es posible que eso os sorprenda, pero no hay que confundir el socialismo y los socialistas de rótulo. Algunos supuestos teóricos del socialismo llegan hasta aceptar la conservación de la propiedad privada de los medios de producción; podemos, pues, preguntarnos lo que reclamarían si fueran individualistas. Hay que decirles, puesto que lo ignoran, que como el socialismo exige la «igualdad» de las rentas, no se podría realizar esta igualdad si se mantiene la apropiación individual de los medios de producción, que dan origen inevitablemente a la desigualdad de las rentas.

Un régimen socialista no puede concebir la producción de otro modo que como una función social asumida por la colectividad, de manera que le permita distribuir rentas iguales con las cuales cada uno se procurará su parte social. Así comprendido, el socialismo se opone al capitalismo, régimen en el cual uno se apropia los medios de producción y, como consecuencia, el trabajo de otro ser humano. O el socialismo pone fin a la explotación del hombre por el hombre, o el socialismo no es más que una caricatura del capitalismo, y llega a ser una palabra vacía de sentido. Querer limitarlo a intentar establecer la igualdad de todos a la salida es, hablando en rigor, hacerlo absolutamente ridículo. ¿La igualdad de todos los hombres a la salida? ¿Cómo llegar a ella sin igualar las inteligencias, las fuerzas, las aptitudes, las voluntades, los gustos, etc.? Pretender hacer desaparecer esas desigualdades naturales, que están fuera de nuestro alcance, y mantener cuidadosamente las desigualdades sociales, que todas ellas son de nuestra incumbencia, ¿no es desacreditar a la vez el socialismo y sus fundadores?

He explicado en mi libro «Libération» que la mayor parte de los doctrinarios, no habiendo podido concebir el socialismo sino en la «rareza», puesto que la ciencia no había llegado aún a vencerla, habían edificado sus sistemas sobre el cambio, tratando de hacerlo tan equitativo como fuera posible. No volveré, pues, sobre los trabajos de Saint-Simon, de Owen, de Fourier, de Grachus Babeuf, ni de los que vieron más tarde la luz con Carlos Marx y su escuela. Traigo a la memoria solamente que Saint-Simon (1760-1825) emprendió el proceso de la propiedad privada y quería suprimir la herencia. Su fórmula: «a cada uno según sus obras», no es, sin embargo, más que una variante de: «a cada uno según su trabajo». No determina si se trata del resultado del trabajo o del esfuerzo que se ha hecho trabajando. La distinción es importante, porque si cada uno no debe tener estrictamente derecho sino al equivalente de lo que vale, en el mercado, el producto de su trabajo, se está aún en pleno régimen cambista, puesto que las cosas, hoy, pasan teóricamente así para todos los que no poseen nada; ¿no es cierto?

Proudhon (1809-1865) ha ido mucho más lejos recogiendo la herencia de la Revolución. Vuelve a tomar la idea de justicia—es decir, de igualdad—para mostrar que es la base de toda sociedad. Muy juiciosamente recuerda que es imposible separar la

justicia de la igualdad, como lo proclamaba la vieja definición de la justicia: «Justum æquale est, injustum inæquale».

Jacques DUBOIN

IV

Las características que son completamente esenciales para el contenido de la idea socialista se encuentran, más o menos acusadas, en las diferentes fases de su evolución, pero su forma más concreta, más diferenciada y más madura debe ser buscada en su fase más reciente, la fase contemporánea.

Desde las formas más antiguas del socialismo, el de Platón, por ejemplo, y el de los esenios, hasta nuestros días, se encuentra una nota común y continua en el motivo fundamentalmente ético que las inspira; se descubre otra en el principio estructural del fin al cual tienden. Para decirlo en dos palabras: todo socialismo aspira a crear una sociedad justa, una sociedad fraternal.

Todo socialismo es una aspiración a un orden social fundado sobre la justicia, es decir, procede de un juicio moral que condena los fundamentos jurídicos del orden existente, y del deseo de corregir sus injusticias. Toda tendencia a la nacionalización de la propiedad, por ejemplo, que no tiene otro motivo que el designio de acrecentar el poder del Estado (en provecho de una monarquía o para fines guerreros), es extraña a la idea socialista. Lo que el socialismo exige en nombre de la justicia, lo exige en nombre del hombre, para todos los hombres, porque todos los hombres sufren bajo la injusticia, y la justicia es una exigencia moral a la cual todas las instituciones humanas están sometidas.

Todo socialismo aspira a crear este orden justo como orden fraternal; en otros términos, aspira a fundar un orden «social» (como lo muestra la etimología de la palabra socialismo, derivada del latín «socius», compañero), en el cual la actividad común esté al servicio del bien común por una propiedad común. Las formas y los límites de esta socialización pueden ser tan diversos como se quiera; la intención general es siempre la misma: limitar el dominio en el cual los hombres tratan de realizar el fin de su vida aumentando su poder y sus riquezas privadas a expensas de los demás, en provecho del dominio en el cual esos mismos fines pueden ser alcanzados como fines comunes.

Henri de MAN

V

En sentido general, la palabra «socialismo» designa toda doctrina social que subordina el individuo a la colectividad. Tal es el sentido del socialismo platónico. En un sentido más exacto y más moderno, el socialismo es una doctrina que, por

una reforma económica del régimen de la propiedad, pretende asegurar al individuo una mayor independencia material y moral.

El individualismo es una doctrina que, en lugar de subordinar el individuo a la colectividad, sienta como principio que el individuo tiene su fin en sí mismo; que en hecho y en derecho posee un valor propio y una existencia autónoma, y que el ideal social es la más completa emancipación del individuo. El individualismo así comprendido es la misma cosa que lo que se llama también la filosofía social libertaria.

En un sentido más limitado, se entiende por individualismo la teoría económica del «Laissez faire» (Escuela de Manchester). Cuando hablamos aquí del individualismo, se trata del individualismo entendido como filosofía libertaria.

¿Cuáles son las relaciones del socialismo y del individualismo?

Hay muchos puntos de contacto entre el socialismo y el individualismo. El socialismo se inspira en una amplia medida en el individualismo, y sobre muchos puntos se esfuerza por darle satisfacción. Se propone la emancipación económica del individuo y quiere arrancarle de las ataduras del capitalismo. Mucho más, quiere destruir no solamente el capitalismo como régimen económico, sino las instituciones y fundaciones sociales que son consecuencia de ese régimen: el derecho capitalista y burgués que nos rige, la moral propietaria y burguesa constituida por un interés de clase y opresiva del individuo. Un sociólogo alemán, Ziegler, ha dicho a propósito de esto: «Sin el liberalismo el socialismo es absolutamente inconcebible: el socialismo es esencialmente liberal; se inspira en las ideas de manumisión y de emancipación que son, en nuestros días, la condición y la garantía más segura de su existencia. Lo que se esfuerza por obtener no es nada menos que la emancipación de los trabajadores frente a la omnipotencia del capital.»

Esto no es todo. Hoy el socialismo está aún en la fase militante. Es todavía un partido de oposición y de lucha. Por eso defiende la libertad en el dominio político, social y moral siempre que encuentra la ocasión de ello. Favorece todas las leyes, todas las mociones, todas las medidas propicias a la emancipación material, intelectual y moral del individuo. Trata muy gustoso de romper los marcos sociales y morales del pasado... Es, pues, indiscutible que hoy el socialismo representa el individualismo y es su encarnación social más poderosa...

Pero, ¿será siempre así? Cuando llegue al poder, cuando sea un partido gobernante, ¿será aún el socialismo liberal e individualista?

Tal es la cuestión que se plantea. Porque acaso entonces los gérmenes de antiindividualismo contenidos en el socialismo se desarrollarán.

¿Cuáles son esos gérmenes?

Hay algunos que son evidentes y sobre los cuales los adversarios del socialismo han insistido hace tiempo. Citemos, por ejemplo, la manía probable de administración y de reglamentación a todo trance; la pretensión acrecentada de la so-

ciudad al derecho de inspeccionar la actividad de los individuos; la omnipotencia cada vez mayor de la opinión, que llegaría a ser en el régimen socialista la principal sanción moral.

G. PALANTE

VI

El socialismo debe tener aún, en algún rincón perdido, adversarios anticuados capaces de decir y aun de creer que piensa imponer a todo el mundo una existencia uniforme y casi monástica en yo no sé qué «ciudades obreras» perfeccionadas. Estoy obligado a arrebatárselos esa ilusión, por cara que pueda serles. El régimen socialista no acarrea ni admite ninguna reglamentación de la vida privada, deja a cada cual la facultad de vivir aislado, en familia o en común; respeta la diversidad de los gustos; puesto que el individuo es propietario de los frutos de su trabajo, puede consumirlos en viajar, en procurarse libros, en comer bien, en llevar bellos vestidos, en acudir a los teatros, etc. Sería tiempo de que eso fuese para siempre entendido y puesto fuera de discusión.

Lo que el régimen socialista puede y pretende suprimir no es la facultad para todo hombre de escoger entre sus deseos los que prefiere satisfacer; es el privilegio que tiene el rico de imponer al pobre su voluntad, su tiranía. Hoy, el propietario de un campo, de una fábrica, puede decir al obrero que le pide trabajo: «Te pagaré tanto por tantas horas. ¿Es muy poco para nutrir tus hijos, dices? ¡Tanto peor! ¿Por qué tienes hijos? ¿Es apenas suficiente para hacerte vivir! ¡Pues bien! Private de ciertas cosas, ayuna, vegeta como puedas. Eso no es asunto mío. Te he dicho mis condiciones. Puedes irte si no te placen. ¿Qué es lo que me obliga a darte trabajo? Me debes un gran favor, si quiero emplearte en mi servicio. ¿Es que mi fábrica y mi campo no son míos?» Y el obrero no tiene sino morir de hambre o dejarse explotar, puesto que la ley actual autoriza el acaparamiento de los medios de producción en manos de algunos privilegiados. Pero que se pongan medios a disposición de todos los miembros de la sociedad, y ese poder monstruoso de vida y de muerte, adjudicado a unos hombres sobre otros hombres, en seguida es quebrantado. Se ha ridiculizado mucho a las bravas gentes de 1848 que proclamaron en Francia «el derecho al trabajo». Locura, quimera, utopía, se les gritaba. ¡Lo creo! El derecho de vivir trabajando es la negación misma del sistema que permite vivir del trabajo ajeno. Comenzaban por el fin, por decirlo así; ponían el arado delante de los bueyes. Abolida ante todo el sistema reinante, donde el permiso de trabajar es un favor concedido por los dueños del suelo, de las minas, de las fábricas. Estableced el régimen socialista, y la quimera de ayer llega a ser la realidad de mañana.

Georges RENARD

IMAGEN DEL SINDICATO UNICO



La idea de Sindicato Unico nació en 1917, en el organismo social de los obreros carpinteros de Barcelona, al chocar éstos con repetidos inconvenientes interpuestos por las sociedades profesionales de barriada, verbigracia: Carpinteros de San Martín de Provensals, Carpinteros de Sans-Hostafranchs, Carpinteros de Gracia, etc., generalmente capitaneados por presidentes vitalicios, a veces pequeños caciques más atentos a su nombradía personal que a los intereses de sus representados o de clase. La inanidad, y aun la perniciosidad de esos ídolos de «casinet» (1), se nos ocurre representarla en la figura de un Salas Antón, individuo popular en la dirección general de Cooperativas, y tan engreído y fofo a la vez, que se dejó llamar «venerado presidente», «cooperador ilustre» y otras «burbujosidades» por el estilo. Este hombre, no pudiendo limitar su pedantería al plano cooperativista, trató de ensanchar su innecesaria popularidad haciéndose proclamar diputado pimagalliano por Sabadell, para degenerar, a la postre, en triste pelele de don Miguel Primo de Rivera.

Impuestos del peligro que se cernía sobre sus respectivas capillas, los caciques societarios tocaron a somatén contra el Sindicato Unico que los carpinteros barceloneses trataban de introducir en las costumbres y prácticas del sindicalismo con objeto de presentar bloque compacto, homogéneo, frente a las agresiones de la organización patronal, siempre perfectamente cohesionada. Los trabajadores, que cifraban sus esperanzas reivindicadoras de clase en la mancomunidad de esfuerzos entre los operarios de una determinada industria, sabían que por pobreza de espíritu los «capillistas» opondrían inconvenientes; pero no podían barruntar que los primeros embates debería aguantarlos el Sindicato general naciente del rutinismo proletario, empeñado en mantener una agremiación de carpinteros en cada barriada, con otras tantas de ebanistas, torneros en madera, constructores de pianos, billaristas, modelistas, tallistas, aserradores, lo cual podía dar, en ciudades como Barcelona, unos cincuenta organismos incursos en el mismo ramo o industria, lo que significaba una enormidad. Hasta la reducción de los baluartes «capillistas» y «barriadistas», los propulsores de la organización única de trabajadores se vieron impelidos a adoptar actitudes enérgicas, que en más de una ocasión provocaron escenas que todos debieron lamentar. Tales las que tuvieron lugar en Pianos Chaissagne Frères y en el dominio de la fundición en hierro.

Recobrado el buen sentido, derribado el espíritu de campanario que en algunas mentes de obreros ocupaba el lugar de las sanas ideologías, le llegó a la burguesía la hora de revisar y modernizar sus armas para repeler el ataque del potente enemigo que se le venía encima. En primer lugar, el Fomento del Trabajo Nacional aumentó el crédito concedido al clericalismo «obrerista» domiciliado en la calle del Bruch, para que divulgara más amplia-

mente el libelo «El Social», introduciéndolo gratis en los bolsillos, en las barberías, en los cafés y hasta en las casas de lenocinio. El objetivo que con esa propaganda se perseguía era la formación de una titulada Federación Obrera Profesional de Oficios Varios que reuniera en un haz a los enclenques Sindicatos «amarillos», o de esquirolaje, existentes a partir de 1909, y cuyas huestes, por tal procedimiento aumentadas, acudirían adonde se les indicara para traicionar los conflictos sostenidos por el proletariado consciente. Este intento tuvo repercusiones, a menudo sangrientas, en los conflictos posteriores, del puerto, de panaderos, de tejidos, y en varios pueblos de la provincia, siendo, a la postre, la levadura corrupta con la cual el propio capitalismo formaría el Sindicato llamado «libre», en oposición—y por imitación—al Sindicato denominado Unico por los trabajadores afectos a la Confederación Nacional del Trabajo.

Si el aglutinamiento de las Sociedades de resistencia en un Sindicato Unico no hubiese sido ventajoso para el obrero, el Comité de Defensa Social (2) y el Fomento del Trabajo Nacional no hubiesen destinado enormes sumas de energías y de dinero para combatir a la naciente entidad obrera con odio y saña mortales. El gran acierto de los fundadores del Sindicato Unico estuvo en haber sabido disponer un cuerpo orgánico ofensivo dirigido como flecha hacia el corazón del capitalismo, y en haber conseguido atraer a la totalidad del proletariado al palenque de la lucha contra la burguesía organizada, cediéndole plaza en un Sindicato dispuesto con la amplitud de espacio y de miras correspondientes. Mientras el societarismo marxista (U.G.T.) permanecía enroscado en sus métodos del siglo XIX, fundamentados en la base múltiple (cajas de subsidio para casos de huelga voluntaria o forzosa, de enfermedad, de vejez, de defunción, etc.; cooperación con los organismos gubernamentales: en la Junta de Reformas Sociales, en las Comisiones mixtas, en los Tribunales Industriales, en los Municipios, en las Diputaciones, etc.); mientras el censo ugetista permanecía embobado con los discursos de sus escasos parlamentarios, quedando en retraso a causa de su mesianismo, la clara visión y los atrevimientos del acratismo militante inundaron el panorama social con poderosos e incesantes oleajes de modernidad y arrojo, terminaron con el marasmo—en ocasiones milenarista—de la clase productora e inocularon el sentido de resistencia contra el mundo burgués en infinidad de «burgos podridos»... que gracias a la C.N.T. habían dejado de serlo cuando Azaña construyó la célebre frase.

En síntesis, el Sindicato Unico, que tanta adhesión y fama debía conquistar en tres años (1918, 1919, 1920), se acorazó en su táctica de acción di-

(1) «Casinet»: centro o café de barrio.

(2) Entidad político-reaccionaria militante dirigida por el obispo de Barcelona y secundada abiertamente por el carlismo y, con cierta hipocresía, por el cambonismo.

recta y en los principios netamente manumisores del anarquismo, y aglutinó la voluntad de los trabajadores de una industria determinada en un solo organismo, constituido a base de secciones (de zapateros, de guarnicioneros, de peleteros, de curtidores, etc., en el Ramo de la Piel, e igualmente en las otras industrias), cada una de las cuales se desarrollaba autónomamente dentro del cuadro general del Sindicato. La Junta central estaba constituida por delegados correspondientes a todas las secciones, disponiendo cada una de éstas de su Comisión particular, denominada Técnica, destinada a negociar los asuntos propios de su especialidad. Prolongación de la Comisión Técnica eran los delegados de taller, tajo, fábrica u obrador, los cuales tenían por misión velar por el cumplimiento de las bases de trabajo, de mejora y de higiene impuestas a la burguesía, así como por el respeto de la personalidad obrera, hasta entonces a merced del capricho de patronos y encargados ensoberbecidos.

La intromisión de esta suerte de delegados en lo que el patronato consideraba su dominio, motivó una seria resistencia por parte de éste, concretada finalmente en una bulliciosa Federación Patronal, presidida por un testaferro apellidado Graupera. Pero la fuerza del sindicalismo moderno—como lo adjetivara años antes el maestro Anselmo Lorenzo—se impuso, arrolladora, y obligó al poder capitalista a aceptar los delegados del Sindicato en los trabajos, en su auténtica condición de vigilantes de los intereses obreros, por ley natural opuestos a los de los patronos.

El valor del arma sindical ampliamente colectiva fué claramente comprendido por los carpinteros y ebanistas en 1918, a raíz de la huelga de dieciocho semanas sostenida por los últimos con firmeza sin igual, contando, desde luego, con el incondicional apoyo de los carpinteros y demás trabajadores comprendidos en el Ramo de la Madera. Sin un momento de vacilación, la huelga fué llevada desde la calle, esto es, sin pisar grada de centro oficial ni oficioso. Tan ejemplar fué la conducta de los ebanistas, que dió la campanada solemne para la constitución de los Sindicatos Unicos de Edificación, Fabril y Textil, Transporte, Metalurgia, Productos Químicos, Piel, Alimentación, Mercantil, Artes Gráficas, todos ellos de fama bien merecida. Las poblaciones menos importantes, pero en auge industrial, observaron parecidas reglas orgánicas, en tanto que en las localidades menores el Sindicato Unico fué general.

Cohuistas que sitúan al Sindicato Unico en lugar preferente de la historia del proletariado son:

la extensión de la jornada de ocho horas a toda España; la percepción del salario completo en caso de accidente de trabajo, cuando la ley disponía la concesión del 3 sobre 4; el reconocimiento de la personalidad sindical de los trabajadores; la dotación de elementos sanitarios y de previsión en los trabajos; la confianza adquirida por el explotado en sí mismo; el descrédito del pasatiempo político en la lucha social; la elevación del nivel de vida de las familias productoras; la difusión de las teorías bakuninistas en todos los rincones de España, mediante la profusión de conciencias formadas en el hogar original del Sindicato Unico; el hundimiento moral de la monarquía y de la clerecía tras su política de sangre que culminó en los asesinatos dirigidos por los generales Martínez Anido y Arlegui en los años 1920, 21, 22 y 23.

Los acontecimientos que mejor dibujaban la popularidad y la virilidad del Sindicato Unico son: la huelga de tranviarios barceloneses de la primavera del año 1919, con su secuela de incidentes y de tranvías abandonados por las calles; la huelga de La Canadiense (Riegos y Fuerza del Ebro), agravada por la intervención de militares que actuaron de esquirols, circunstancia que motivó la solidaridad de los tranviarios, su militarización y la conducción de doscientos de ellos a los calabozos del castillo de Montjuich, bajo inculpação de indisciplina, suceso que provocó una huelga general en Barcelona, y la cual no cesó hasta la obtención de la promesa—ciertamente atendida—de dejar en libertad a los tranviarios detenidos; el «lock-out» abortado en octubre de 1919 y declarado sin previsión de las consecuencias al mes siguiente, con doce semanas de resistencia obrera en todas las poblaciones industriales de Cataluña, sin ahorro de sacrificios, esfuerzos ni desvelos, y con pérdida del conflicto a consecuencia de la natural adhesión del Estado a la causa capitalista, y de la miseria de las familias trabajadoras. Aquella situación exigía el estallido de una revolución; pero, desgraciadamente, la manzana no estaba madura, como lo estuvo en julio de 1936.

Falla del proletariado, que el sindicalismo barcelonés hubo de sentir luego con el asesinato de quinientos de sus mejores militantes.

No obstante, «esto matará aquello». El espíritu del Sindicato Unico estuvo presente en las barricadas del 19 de Julio, como lo estará en los futuros acontecimientos sociales que determinarán el bienestar económico y espiritual del desdichado Pueblo español.

J. FERRER



LOS OJOS DE LA ESPAÑA DOLORIDA



N la cubierta del primer número de esta revista aparece una cabeza simbólica del dolor de España, obra del exquisito y penetrante artista Forcadell. Ella sola vale todo un número de revista y toda una biblioteca, tal es la finura del simbolismo y la propiedad de la interpretación.

España está representada por una mujer joven y bella, pero demacrada y sufriendo como el Cristo amarrado a la columna. Mas ese retrato colectivo de una humanidad mártir, de una pléyade de seres indefensos, de un gas comprimido a una presión de miles de kilogramos por centímetro cuadrado, tiene unos ojos y unos labios, y también tiene una frente, y esos ojos, y esos labios, y esa frente son tres profundísimos poemas de dolor y de amor a la vez; de presente y de futuro; de sombra y de luz; de Historia y de promesa.

Si la Historia no nos abonara y no nos diera toda la razón; si no nos asegurase una segunda parte justa de la tragedia vivida, bastarian esa mirada, esos labios cerrados con gesto irónico esa despejada frente para proporcionarnos la esperanza necesaria para conseguir el triunfo con nuevas luchas y nuevos esfuerzos.

* * *

Tenia pensado escribir para CENIT sobre el punto a que se refiere este nombre, que es inmaterial, y siempre móvil, que señala la vertical sobre nuestras cabezas, y que, perforando el mundo, sale por el otro lado de la esfera hasta el infinito, con el nombre de Nadir. Quería hablarlos de las propiedades idealistas de la máquina imaginativa del Universo. Hubiera gozado describiendo lo que existe sin existir; lo que conquistó el pensamiento sin ser materia, lo que empujó siempre las voluntades sin ser energía, lo que nunca envejece ni se desgasta, sino que se regenera y fortalece, como son el tiempo y la evolución. Pero la obra soberana del artista ha cambiado de dirección a mi pluma, y es ella la que traza la ruta de mi mente a través de los tiempos pasados, como su gesto determina también, con certeza matemática, lo que ha de venir.

Hemos mencionado el Dolor y la Esperanza; siempre van unidos los dos. El Dolor es permanente y eterno, y la Esperanza, su consecuencia, también es eterna y permanente, y gracias a ella puede esperar el Dolor su compensación justa con el tiempo.

Lo raro e inexplicable es que, hasta el presente, no haya cambiado la Historia de dirección. Siempre ha sido su triste derrotero el de las olas encrespadas, el de los mares profundos, el de los escollos amenazantes; y nunca el de las aguas tranquilas, las profundidades aseQUIBLES y los farallones decorados de flores y amenizados por el revuelo de las aves. Nuestra Historia siempre ha sido abrojos y jamás violetas; desierto y nunca oasis, cuesta arri-

ba sin la compensación de la más leve pendiente favorable.

Quizás por esto, los españoles poseemos una virtud especial sobre los otros mortales: sabemos esperar, que, en realidad, es un atributo muy difícil de conseguir, y por tanto nos hace superiores a quienes sufren el mal de la impaciencia. Es una especie de Filosofía práctica impuesta por las circunstancias de nuestra vida, que ha tenido gran importancia en la formación de nuestro carácter.

Sería oportuno insistir sobre este punto en favor del valor moral de los españoles, y para probarlo podríamos dar un repaso a todas las disciplinas filosóficas, morales, políticas y religiosas conocidas, y veríamos cómo desde los estoicos y cínicos hasta las tendencias actualmente de moda, casi todas tienen como finalidad principal inculcar bajo diversos nombres la misma cosa, que es «nuestro saber esperar», al cual indistintamente se le llama resignación, conformidad, paciencia, tolerancia, fe en el Destino, Esperanza, etc.

Nuestros tipos más representativos: Colón, Cervantes, Goya, Servet, Sorolla, Pablo Casals, etc., supieron esperar con suertes diversas, sirviendo siempre de modelos y estímulos. Justifican esta regla general las raras excepciones de Larra, Gárgnivet y muy pocos más que cortaron sus vidas ellos mismos, por medio del suicidio, tras luchas cruentas con la reacción y el absolutismo.

No es este último caso el que, en mi concepto, significan los ojos de la España dolorida que publica CENIT; menos aún el que expresan sus labios, y menos todavía el que su amplia y serena frente expresa; pues esas líneas, llenas de nobleza firme y de serenidad, no significan venganza, sino ansia de Justicia y convicción absoluta de que la Justicia se ha de realizar en virtud de las inflexibles leyes naturales, que no dependen de los hombres: al contrario, somos los hombres los que dependemos de ellas.

Los que, por desgracia, no supieron esperar, privaron a la Humanidad de sus luminosos genios. Y pagaron cara su pena de hacer ver a los opresores la posibilidad de desertiones desesperadas, cosa que tiende a consolidarles en su posición y a darles confianza en su sistema. Pedir Justicia y tener la seguridad de que el fin de todas las demandas ha de ser la realización de ella, no es falta de respeto a la obra humana, ni delito; es todo lo contrario, y honra y distingue a los que la piden y tienen confianza en su realización, pues están de acuerdo con el mandato supremo de las leyes naturales que nos hicieron nacer a todos desnudos, y que nos dicen que en nuestra última hora todos los honores y riquezas son inútiles, y la tierra nos absorbe y convierte en materia fecunda para nuevos seres, que acaso rectifiquen nuestras conductas y las encaminen por mejores derroteros.

Leed «La Moral universal», de M. Deshumbert, y encontraréis allí todas las soluciones morales necesarias en una vida recta y justa, sin separarse un ápice del curso natural de todos los hechos;

esto es, «del curso natural de todos los hechos». He aquí el medio más potente contra el pesimismo. A la objeción de que si la Humanidad es una rectificación o una adaptación a las leyes de la Naturaleza, contesta categóricamente que es, y debe ser, una adaptación, pues es imposible—dice—admitir que la Humanidad pueda rectificar dichas leyes, poniendo a continuación los siguientes ejemplos en forma interrogante: ¿Podéis rectificar las leyes de la gravitación o las que gobiernan las combinaciones químicas? ¿Podéis rectificar la Naturaleza de modo que un hombre salga ileso de una gran hoguera a donde sea arrojado? ¿Podéis cambiar las leyes fisiológicas para que podamos vivir sin necesidad de absorber regularmente cierta cantidad de oxígeno?

Debemos someternos inteligentemente a las leyes de la Naturaleza—añade—y adaptarnos a ellas de la misma manera que debemos adaptarnos a las cosas que no podemos cambiar. Es preciso reemplazar la lucha por la unión, es cierto, pero no porque con ello rectifiquemos la Naturaleza, sino, muy al contrario, porque al hacerlo así obedecemos a esa gran ley de la Naturaleza que podemos llamar «la ley de la cooperación por la vida».

Podríamos copiar todo el libro, porque en él no hay ni una letra inútil ni baldía, pero basta con lo transcrito para situar nuestra tesis sobre bases firmes que no la dejen tambalear.

* * *

Vuelve a nosotros la obsesión de la España dolorida de Forcadell, y nos preguntamos: ¿Qué dicen concretamente esos ojos, esa boca y esa frente? ¿Piensan en la cadena de invasiones y de liberaciones de España? ¿En Numancia? ¿En los bárbaros? ¿En los bizantinos? ¿En los godos? ¿En la Reconquista? ¿En árabes y moros? ¿En mártires de todas las conquistas? ¿En la guerra con los nobles? ¿En la Inquisición? ¿En el sueño de Colón? ¿En cuando los españoles y portugueses se dividieron el mundo? ¿En lo que ocurrió después? ¿En el 2 de Mayo? ¿En la obra de Goya? ¿En los tiempos modernos? ¿En la tragedia actual? ¿En qué piensa?... Porque algo piensa, independientemente del empuje que le dió su autor. Ella piensa por sí, y filosofa, y prevé la solución, porque la solución existe infaliblemente, como para todos los problemas.

Confiar en sus nobles presentimientos es nuestro consuelo. Esa cara es nuestra luz cenital, nuestra Fe, nuestra seguridad de que también para los expatriados existe la Justicia, porque la Naturaleza tiene sus fueros, y esos fueros no hay quien los neutralice y siempre ha de realizarse su acción, indefectiblemente.

Alberto CARSI



Federalismo de base: EL MUNICIPIO



SISTIMOS actualmente a un vasto resurgimiento de las ideas federalistas, que en todos los tiempos han encontrado valerosos defensores, y a las que tampoco les han faltado enemigos.

Sin que nos sea posible hacer un alarde de erudición, mayormente por falta de documentos, podemos, sin embargo, refiriéndonos concretamente a la Europa atormentada, mencionar nombres como el de Proudhon en Francia y el de Pi y Margall en España. Ambos dedicaron su obra y su vida entera al estudio y defensa del federalismo teórico y funcional, en una época no tan abonada como la actual para las realizaciones inmediatas.

El federalismo de Proudhon se enriqueció, floreciendo, con el frustrado ensayo de la Commune de París. Hecho histórico de una importancia excepcional, pues París fué precisamente el escenario principal de aquella intentona revolucionaria, como también fué, en 1789, escenario central de los hechos históricos que extendieron las ideas de la Revolución y de la República al resto del país y del mundo, dándose este singular fenómeno: que en ambas ocasiones surge de la capital del Estado la pauta, la chispa que enciende la hoguera que quiere terminar con el Estado.

En el mismo siglo, y casi en la misma época, España veía florecer un movimiento federalista que, a la inversa del de Francia, no irradiaba de la capital española. Muy al contrario, éste estaba esparcido por todo el territorio nacional y se proyectaba siempre contra el poder central, contra Madrid, capital política del Estado español.

Ya la acción autónoma de los municipios españoles había sido nervio rector de la resistencia y de la lucha contra la invasión napoleónica. Grande fué su influencia, también, en las llamadas primeras Cortes Constituyentes de Cádiz. Y posteriormente impulsó el advenimiento de la primera República española de 1873.

El conocido cantonalismo de Cartagena y su región era esencialmente federalista, como lo fué, en sus orígenes, el llamado regionalismo catalán.

Asimismo fué este movimiento federalista comunal el que se enfrentó con la República que no supo seguir el camino trazado por el Pueblo y adoptó una estructura unitaria y centralista, como su vecina la francesa, aun cuando debía la vida al impulso nacido de los municipios españoles en rebeldía contra el centralismo de Madrid.

Ni siquiera la presencia del insigne Pi y Margall en la presidencia de aquella República pudo ser un freno a la acción de las municipalidades que exigían su plena autonomía.

El nacimiento de la segunda República española de 1931 fué debido a unas elecciones municipales. Por segunda vez no tenía otro origen que la soberana voluntad de las municipalidades.

Pero, igual que la primera, la segunda República recibió vientos de allende los Pirineos y, como su

antecesora, fué unitaria, centralista, pues las autonomías regionales concedidas por el Gobierno de Madrid no se pueden considerar como concesiones a la autonomía municipal, dado que el poder que se descentralizaba en Madrid se concentraba en Barcelona, en Bilbao, allí donde residía el nuevo Gobierno regional.

* * *

En esta post-guerra surgen nuevamente en la unitaria República francesa corrientes y movimientos influyentes que propugnan amplios poderes autónomos para los municipios. Fenómeno éste que se explica perfectamente por la triste experiencia de la ocupación alemana.

Política y militarmente, Francia quedó dividida en dos: la virtualmente ocupada por las tropas alemanas, y la llamada «zona no ocupada», en manos del Gobierno del mariscal Petain.

El sector ocupado quedó centralizado en el Gobierno militar ocupante, con sede en París. El sector no ocupado, en el Gobierno civil de Petain, con sede en Vichy.

Como se sabe, la ocupación alemana se extendió a lo largo del litoral atlántico, comprendido París, su región y todos los departamentos del Norte industrial y minero. La llamada «zona no ocupada» comprendía el territorio central, el litoral mediterráneo y los departamentos del Sur del país.

Como se comprenderá fácilmente, los municipios franceses recibían un doble gravamen tributario: el que exigía Vichy y el que imponía París. Eran tributarios del llamado Estado francés, y eran sometidos al departamento de requisición del ejército ocupante.

Este estado de cosas no podía producir sino lo que en realidad produjo: una resistencia cada vez mayor al Estado ocupante y al Estado autóctono.

Tácitamente, sin previo acuerdo, la resistencia, pasiva en sus comienzos, se fué organizando. Resistencia que se manifestaba en las falsas declaraciones a los servicios de requisición agrícola e industrial; en el ocultamiento de los productos y frutos del agro, que más tarde habían de ser el manantial de aprovisionamiento de las fuerzas de la resistencia interior; en el sabotaje a los productos almacenados y con destino al ocupante; en la protección y ayuda a los perseguidos por los nazis; en la eficaz negativa a facilitar trabajadores para los territorios e industrias alemanas.

Como consecuencia lógica y natural de esta lucha anónima y de esta resistencia local surgió la organización, la protección y el abastecimiento de los núcleos armados del interior.

Estos núcleos nacieron de la iniciativa y la voluntad de resistencia de las autoridades municipales, en rebeldía contra el doble Estado central, e integraron más tarde los cuadros del ejército del interior (F.F.I.), por donde resultaron ser los pilares en que se asentaron todos los resortes de las futuras acciones liberadoras.

La intensa y anónima acción desarrollada e im-

pulsada por las autoridades municipales y por los municipios en pleno se efectuó sin el apoyo estatal. Al contrario: con el Estado en contra. Ello puso de manifiesto el enorme poder de los municipios funcionando con autonomía, por propia iniciativa y con la aquiescencia de la mayor parte de sus componentes, así como también de lo que son capaces los hombres con sus instituciones de base (municipales), cuando los objetivos y la acción por la cual les persiguen les son comunes.

Todo contribuyó a despertar en el pueblo francés nuevas aspiraciones, puesto que quedaba demostrado que toda la riqueza y toda la capacidad constructiva e impulsadora de la vida nacional residía en los municipios.

Quedaba demostrado, asimismo, que cuando la vida local y nacional están en peligro el Estado se revela incapaz de reaccionar eficazmente, y que son los municipios los que se ven en la obligación, descatando sus supuestas obligaciones políticas y funcionales, y enfrentándose con el centralismo, de cargar con el peso de una responsabilidad e iniciativa que en todo momento les pertenecen y a las que nunca debieran renunciar.

La post-guerra nos demuestra que el federalismo, enriquecido por la pasada experiencia, va ganando terreno dentro de todas las tendencias políticas y sociales del país, hasta el punto de producirse resistencias locales al tradicional unitarismo constitucional francés. Veamos lo que decía una revista francesa meses después de la liberación:

«Un equipo de hombres, de medios políticos diversos y de clases diferentes, toman la dirección de la municipalidad de Romans, ciudad del finca de 16.000 habitantes. Se entregan de lleno a su labor, que es inagotable; su ánimo está a la altura de sus propósitos. Dan cuenta de éstos a sus compatriotas, a los que no temen convocar en el patio de la Alcaldía para explicarles sus intenciones, y que llegarán a ser sus colaboradores, sus asociados en la acción...

»Pasan algunos meses. Los siguientes resultados son alcanzados: En Romans, cuando la liberación, reinaba el hambre, como en la mayor parte de las ciudades francesas; el mercado negro imperaba y, como por doquier, acababa de pudrir a los que a él recurrían, es decir, a todos. Hoy la carne figura en las mesas, los frutos y legumbres son abundantes, las casas tienen calefacción; el mercado negro ha pasado a ser un mal recuerdo. Nos limitamos a citar los signos de prosperidad más visibles...

»¿Los medios puestos en práctica? La iniciativa personal debeló a los reglamentos del Estado y contra los funcionarios, a los que se ha despreciado cuando querían coaccionar a la municipalidad en el campo legítimo de su acción.

»El prefecto recordó al alcalde que no era sino su representante en el municipio y que le debía estricta obediencia. Este respondió que era esa una concepción caduca que no se admitía ya en Romans.

»Agreguemos que el ejemplo de Romans se ha

extendido a todo el departamento. Y que los poderes públicos, habiendo cedido ante la energía de la municipalidad de Romans, deberán, lógicamente, conceder los mismos derechos a los municipios del departamento entero. La energía de algunos hombres es suficiente para sacudir los poderes del Estado en todo un departamento.»

Sin duda alguna, el hecho es aleccionador.

Por otra parte, surgen a la vida pública movimientos federalistas con capacidad e influencia cada vez mayor en la opinión del país.

Posiblemente el más coordinado e influyente es el llamado Movimiento Federalista Francés, joven aún, pero bastante conocido en Francia. Lo componen, animan e impulsan gran número de alcaldes en funciones, así como algunas individualidades de cierto relieve intelectual. Todos ellos de diverso origen político y social. No se les puede considerar, por tanto, como declarados enemigos del Estado, ya que son muchos los que militan en los partidos gubernamentales. Esto no impide, sin embargo, que se opongan al centralismo del Estado francés.

Quien tenga ocasión de leer su portavoz, «Le Bulletin Fédéraliste», podrá comprobar lo que acabamos de decir.

Como demostración, veamos unas palabras del señor Tunc, alcalde de Melun, que aparecen en el número 23 del mencionado boletín:

«Nos quejamos de que el alcalde, primer magistrado municipal, sea convertido en el último funcionario del Estado...

»Queremos, bajo una firma y un control razonable y único (control del prefecto), las libertades municipales y la autonomía comunal...

»Queremos que el Gobierno comprenda que si un día la administración comunal se detuviera completamente en todas las ciudades de Francia, sería la vida del país la que se habría paralizado...

Como se desprende de estas manifestaciones, el movimiento de que hablamos no pretende iniciar una ofensiva contra la continuidad del Estado. Ya queda consignado que muchos de los que lo animan figuran en los partidos gubernamentales. Pero, a pesar de ello, no se nos escapa su significación real.

El Estado demora la restitución de los derechos municipales, y cuando la concede es mediante limitaciones que le conservan una autoridad que no quiere perder.

Si bien es cierto que este creciente movimiento federalista no supone ningún peligro inmediato para la autoridad del Estado, no lo es menos que, a pesar de su actual timidez, constituye y representa una fuerza destinada, si arraiga en el ánimo popular, a socavar la actual estructura del Estado, y a sentar las futuras bases de una organización social cimentada en la autonomía municipal y en la libertad de iniciativa de los municipios, fedrados entre sí.

Juan BUNDO

NOTAS

VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA

San Bernardo habla de personas devoradas, masticadas y engullidas por Dios. La vida ha devorado a muchos amigos míos en los últimos dos decenios de guerras, revoluciones y fascismos. Me asombra que yo mismo no haya sido despedazado por un cañonazo o recluso en un manicomio. Uno de estos amigos—un pobre hombre—me visitó recientemente para decirme con calor rayano en la obsesión cómo había descubierto la suerte del hombre: «Es preciso que trate a los demás como deseo que los demás me traten a mí.» Por mi parte, no tuve valor para decirle que este descubrimiento no era de ahora, sino milenario—comprendí que él, verdaderamente, lo había hecho peleándose y desgarrándose internamente a sí mismo con afán de crear una idea nueva—; que la característica de la verdad es lo eterno, y debe, para ser codiciada, contener la frescura de lo inédito, y no degenerar en las cansinas repeticiones de la fraseología cristiana.

La tragedia del socialismo me recuerda al cazador que iba a por la perdiz y se encontró de improviso ante el lobo, sin estar, para enfrentarse con éste, lo suficientemente armado. De modo parecido, el socialismo y el comunismo han perdido relación con la realidad. Por eso han sido fuertemente empujados por la espalda hasta el punto de que se estiman excluidos de la Historia e inferiores en clase para ser tomados ya en serio...

Italia no ha tenido más que una revolución verdadera: la del fraile Gioacchino da Fiore, que desembocó en el franciscanismo. Fué una revolución sin igual, encaminada a la abolición del tiempo, de la ley y de la política. La Iglesia, que era conservadora y quietista, malogró la posibilidad de que esta revolución alcanzara la finalidad que se proponía.

Marx habla frecuentemente de la torpeza del aldeano. Mas, ¿qué sabía Marx del aldeano? Imagino que lo vió en el mercado de Treveri, silencioso y gruñón, como suele serlo por medida de precaución. Pero creedme, el aldeano es menos inteligente que el ciudadano. El aldeano ha encontrado una ciencia tan profunda de la vida humana como nunca la consiguiera ningún ciudadano. La vecindad de los animales, de la naturaleza; la intermediación de los grandes acontecimientos: amor, nacimiento, muerte, le dan a menudo una sagacidad envidiable. Un aldeano así es como su casa de campo: exteriormente, pequeña y sin apariencia; en su interior, ancha y profunda bodega.

Noto cierto desprecio del marxismo por la vida íntima. Su ideal, como se expresa en las novelas de Malraux y Hemingway, es el hombre de acero, de acción, no atormentado por las tentaciones ni por los escrúpulos; ideal que procede de Nietzsche y que, en ocasiones, ha sido forjado con mayor dureza que el fascismo.

Ser revolucionario es mucho más difícil, peligroso y problemático que querer ser héroe nietzscheano. Es peligroso aceptar la lucha sin estar profundamente de acuerdo consigo mismo.

No vemos teoría revolucionaria amplia y fácilmente di-

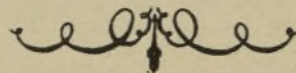
vulgada que no pueda ser explotada con fines reaccionarios. El marxismo, de doctrina que era, ha pasado a ser droga, o medio de tranquilizar a la gente adaptada, de descargarse la conciencia... Forzosamente habrá que decir un día: el marxismo es el opio del pueblo. Quien vive entregado al marxismo es, ante todo, la crítica inconsciente de tal ideología. El marxismo pudo ser interpretado como una fría tecnocracia; mas, en esencia, es una visión trágico-humana. El socialismo sobrevivirá al marxismo. La lucha entre la utopía y la ciencia no se terminó con Marx, porque es inmortal. El problema de hoy es: ¿cuál de los socialismos conviene? Pues también el fascismo es una especie de socialismo. Aquél ha cumplido una función útil al incorporarse y asimilar todo el elemento venenoso, nocivo, contenido por el socialismo. A partir de eso, estamos en la posibilidad de renovar, purificar el socialismo. El fascismo ha elevado a Barrabás al poder; mas guardémosnos de envidiarle este defecto; no admitamos en el socialismo barrabasada alguna. Tenemos necesidad de un severo examen de nuestra propia ideología. Para decirlo con premura, añado: 1) análisis de lo escrito, 2) por el federalismo integral, 3) por una puntualización ética del socialismo.

En la actualidad, el federalismo es frecuentemente rechazado como si se tratara de un castigo, de una flaqueza. Pero no será castigo, sino la victoria de nuestra causa; ética ésta que no implica la adición de una nueva moralidad: basta con reconocer su verdadero contenido. Una sociedad no se desenvuelve si su elemento más dolorido no es reconocido y valorizado. Motivo de orgullo para mí es haber llamado al dolor de ese elemento el dolor del *cafoni* (del campesino).

La Historia es obra del hombre y no del determinismo, circunstancia que hace me declare *no pesimista*. Circula la leyenda de que la masa que combate solamente acuciada por una finalidad materialista inmediata, seguirá siendo mediocre y deberá ser conducida en razón de esa mediocridad. En esto creo que el socialismo democrático ha perdido la dirección de la masa porque era él el mediocre. Si la mediocridad bastara, la socialdemocracia no hubiese perdido jamás su influencia sobre el trabajador alemán. Contrariamente, la masa, por ser mediocre, no acepta ser guiada por hombres que adolezcan de su propio defecto.

Existe el prejuicio de que en los países en los cuales los órganos de opinión son monopolizados por el Estado el hombre no puede pensar libre y audaciosamente. A decir verdad, el fenómeno se manifiesta en sentido opuesto, pues cuanto mayor es la opresión más fuerte es el pensamiento por la libertad en los hombres que se observan esclavos. Jamás el alma humana podrá ser reducida a la condición de máquina. La idea de libertad y dignidad humanas no perecerá jamás.

Ignacio SILONE



UN DOLOR DE ESPAÑA

He aquí una noticia, que debiera desgarrarnos a los españoles hasta las telas cordiales más profundas. Según Rey Pastor, la matemática pura, nada que valga un caracol, le debe a nuestro País.

No hemos tenido aritméticos, algebristas y geómetras de la talla de un Galileo, de un Kepler, de un Laplace, de un Aragón, de un Newton, de un Einstein. Del propio modo que hoy carecemos de un físico atómico de verga. Ambas son dos fallas en nuestra mental estructura, que deberían quitarnos el sueño y habríamos de apresurarnos a resanar, con tanta o mayor urgencia que nuestra lazare política.

Por lo que hace a la primera, no admitía la certitud de la existencia de la misma Menéndez Pelayo. Don Marcelino sostuvo en *La Ciencia Española* que el «Curso de Matemáticas» de Pedro Ciruelo rivaliza con los mejores de su clase, dados a la estampa fuera de nuestro lar, en el siglo XVI.

Pero, parece que el saputo y beato montañés habló de memoria de ése, como del cielo, y otros muchos asuntos, en alguno de los chupinazos de whisky que lo fulminaban como a un cerdo. La sibila clerical, con todas las bibliotecas y más volúmenes que yo pulgas a su disposición, no había visto la obra del maestro Ciruelo ni por el forro; o todo lo más, era, en el caso, un erudito de lomos de libro.

Rey Pastor, que, sin ser católico militante, y triunfante, empezó aquí por la señal de la cruz, quiero decir, por enterarse, echándose al pecho el «Curso» del maestro aragonés de Alcalá, afirma que Ciruelo sólo había alcanzado el nivel de la matemática europea del siglo XIV. O sea, que no era más que un ciruelo.

Siliceo, opina Rey Pastor, que puede pasar como ingenio discretito; pero, va atrasado también, como mal educado que estaba en la Sorbona por los franceses, quienes no llevaban a la sazón en la materia el reloj a la hora y con las agujas bien puestas, como las tenían italianos y alemanes.

Un algebrista de genio es Juan Pedro Núñez, *Nonnius*, inventor del aparato que ostenta el nombre de su pseudónimo latino. Pero, da la casualidad de que Nonio nació en Portugal, aunque en momentos en que éste se hallaba bajo el control de Madrid.

La Academia de Matemáticas de Salamanca, fundada con efervescencias de soda por Felipe II, que era la mar en coche, desaparece en 1624. Y no empolló ningún Pitágoras, ni ningún Euclides, ni siquiera un Henri Poincaré. Y a partir de ahí, no salen de nuestras prensas y de nuestros talleres tipográficos más que libritos de cuentas galanas o de cocinera sisona, y geometrías de sastre, que hace juegos de Malabar con las tijeras y se saca un par de pantalones para él de la tela que le llevan para confeccionar un chaleco.

Y pues ¡qué! La Naturaleza, que tan ricamente ha dotado a España en otros órdenes ¿nos ha negado a sus cuitados hijos el talento matemático y nos dejó ahí sin sopa en la olla? ¡Fuera un puerperio!

Esta cuestión debiera punzarnos en las niñas de los ojos a los amantes de nuestra cultura. Y si el aserto de Rey Pastor ofrece alguna sombra de realidad, que me temo que sí, habría de sentarnos a los sedientos de saber en un banco y terneros clavados en el mismo con las nalgas en una costra, estudiando a la luz de un candil, de la luna y del sol, hasta que en Ciencias Exactas pudiéramos hombrearnos y tenernoslas tiesas con los más hombres.

Porque una Nación puede ser tomada en serio, aunque carezca de colonias, de escuadra, de ejército, de aparato gubernamental fastuoso y, por supuesto, de garrapatas presupuestívoras, de santos, de curas, de barítonos, de bailarinas y de toreros.

Pero, una Pingüinia oradora y cantora, a la que la vecin-

dad le ha de hacer las ecuaciones, las mecanizaciones y los loxodromías, permitidme que os diga sin ambages, es no más que una horda de soplapiñanos, de pelatronchos, de forragaitas y de matamicos.

Angel SAMBLANCAT



Una biografía de Kropotkin

"EL PRINCIPE ANARQUISTA"

«The anarchist prince», por George Woodcock e Iván Avakumovic. — Librería «Freedom», 27, Red Lion Street. Londres W. C. 1.

Leyendo los libros y folletos de Kropotkin se pueden captar algunas de las cualidades de este autor: su limpieza de pensamiento y de expresión, su genialidad, su indignación por la injusticia social, su aversión por los métodos deshonestos del socialismo. Hay en ellos ciertos indicios de su vida: sus contactos con la corte zarista, su paradójico ingreso en un regimiento siberiano, su encarcelamiento y evasión de la fortaleza de Pedro y Pablo.

Todo esto estimula la imaginación y abre el apetito por conocer más íntimamente al Kropotkin hombre. Su autobiografía («Memorias de un revolucionario») es un libro encantador; revela algunos detalles de los primeros pasos de su existencia y evoca vivamente el ambiente de la Rusia zarista de la segunda mitad del siglo XIX. Pero una vez más el hombre en sí escapa a nuestro conocimiento. Kropotkin fué un hombre sumamente modesto. Demasiado para escribir su propia biografía, en la que se contenta, sin mayores alcances, con describirnos la parte pública de sus actividades.

Sus «Memorias» fueron escritas a fines de siglo. Los datos y materiales de su vida posterior son muy escasos y confusos. Sin embargo, es en esta última parte de su larga vida cuando surgen los problemas especialmente interesantes para los anarquistas: la extraña anomalía de las simpatías de Kropotkin por los aliados en la guerra de 1914 y el papel que jugó en Rusia a su retorno en 1917.

Estos detalles ofrecen un vivo interés en la biografía escrita por George Woodcock e Iván Avakumovic. Este libro

será ávidamente leído por todos aquellos a quienes cautiva la recia personalidad de Kropotkin, compartan o no los puntos de vista manifestados a través de sus escritos.

Los autores han basado, sumariamente, la primera parte de su libro en las propias memorias de Kropotkin. Pero su trabajo tropieza con la desventaja de que los dos volúmenes de las «Memorias» son una obra literaria, difícil de parafrasear. Sin embargo, han tenido cuidado en colmar algunas lagunas con un resumen de las teorías geográficas de Kropotkin, dando al lector la medida de su dimensión como hombre de ciencia y como pensador socialista. Basándose en diversas fuentes ofrecen algunos detalles de su vida cotidiana en Harrow y en Bromley; de los amigos y refugiados que allí le visitaban, y sobre aspectos originales de Kropotkin como padre y devoto de las ideas y juegos de los niños. De ser el libro más amplio, ¡cuánto más no hubiéramos sabido de ella!

Dedican igualmente los autores espacio a la lucha ideológica, en el seno de la Primera Internacional, entre las ideas libertarias y federalistas de Bakunin y las tendencias autoritarias y centralistas de Marx. Son precisamente estas diferencias la raíz de la enconada lucha entre anarquistas y socialistas acerca del Estado. Debemos precisamente a la labor sistemática de Kropotkin la cristalización de la posición anarquista, suficientemente clara en las dos últimas décadas del siglo pasado.

No todos los lectores juzgarán interesante y necesaria la consignación de las diferencias existentes entre varias secciones del movimiento socialista inglés: la Liga Socialista y la Federación Social-democrática, la Sociedad Fabiana, la I.L.P., los individualistas y los anarcocomunistas. Dichas diferencias reflejan, sin embargo, puntos vitales de variedad en la teoría y táctica socialista, y constituyen lo más atractivo de sesenta años de actuación, de las premisas y proyecciones de ésta. Del análisis salen los anarquistas con limpio crédito.

No son los biógrafos tan ciegos, que por fidelidad a su ídolo, dejen de apuntar ejemplos en que otros, menos reconocidos, pero influyentes anarquistas al cabo, difirieron de Kropotkin y probaron ser más prácticos en ciertos aspectos. En cambio, el anarquismo salió muy perjudicado del extraño soporte de Kropotkin a los aliados en la guerra de 1914. Imitando a Lenin, los propagandistas comunistas han utilizado aquella posición de Kropotkin para significar que el movimiento anarquista en su conjunto abandonó su tradicional antimilitarismo. Woodcock y Avakumovic especificaron que sólo una minoría: Juan Grave, Carlos Malato, Cherkessov, Paul Reclus y Cristián Cornelissen siguió a Kropotkin. Otras prominentes figuras: Malatesta, Emma Goldmann, Berckman, Bertoni, Sebastián Faure, Luis Fabbri, Shapiro, Domela Nieuwenhuis, Rodolfo Rocker, Tom Keell, George Barrett y muchos otros menos conocidos, más el grueso del movimiento

de rango y fila, afirmaron la tradicional posición antiguerrera del anarquismo. Cabe señalar, para crédito del movimiento anarquista, como algo inherente a su concepción de autoiniciativa y de independencia de los «leaders», que una figura de la influencia de Kropotkin fuese incapaz de desviar a la corriente mayoritaria.

La antipatía de Kropotkin hacia la forma socialista adoptada por Alemania y hacia las instituciones sociales germánicas en general se manifiesta ya en las «Memorias». Y tal evidencia es aquí aducida en apoyo de su actitud guerrerrista. Ello no significa que estas explicaciones sean completamente convincentes; no implica, tampoco, que fuese posible comprender la extraña posición de Kropotkin.

Kropotkin mantuvo su actitud hasta después de su retorno a Rusia. Y en el libro se significa un desfavorable contraste que es de lamentar, con los bolcheviques, falseado por éstos —lo escrito por Stalin en aquella época, ha sido completamente suprimido—, que repudiaron el derrotismo de Lenin. Este hubo de imponerse al resto de su partido a su llegada a Rusia. La mayoría de los anarquistas rusos adoptaron nuevamente la posición antimilitarista.

La posición de Kropotkin habría sido fácil de comprender si hubiera convertido en reaccionarias sus concepciones generales. Pero a excepción de su extraordinaria fobia contra Alemania, sus puntos de vista sociales fueron fundamentalmente inmutables. Su concepción política permanece tan aguda como de ordinario; ejemplo de ello es su observación de que el golpe de octubre «enterró la revolución», hecho que señaló como contrarrevolucionario.

Ni en esos últimos tiempos desfalleció su coraje. Empleó la inmunidad de su reputación internacional, incluso ante la policía secreta bolchevique, para criticar abiertamente el gobierno «revolucionario». Sus diatribas contra Lenin, por la puesta en práctica del brutal procedimiento de rehenes, y sus mensajes a los trabajadores de oriente, fueron, si cabe, hechos más temerarios que los ataques de Tolstoi contra la administración zarista.

Los autores rozan el lado débil de la vida y pensamiento de Kropotkin. Su celo de imparcialidad linda a veces con el rigorismo. El extraordinario fuego y la sinceridad de Kropotkin salen ilesos de esta profunda crítica. Y sus enseñanzas, herencia ahora del anarquismo, son valoradas como expresión de su carácter, profundamente atractivo. A través de esa herencia inmensa, y de sus relativos e insignificantes errores, Kropotkin permanece como un acabado modelo anarquista. Y el lector se siente al fin orgulloso de que un hombre como él, estuviera muy lejos de naufragar en la charca pestilente de la política.

"Freedom"

igue-
movi-
on de
e una
esviar

adop-
ermá-
Y tal
uerre-
mple-
osible

etorno
traste
éstos
pleta-
Lenín.
egada
otaron

ender
gene-
Ale-
mente
aguda
e que
ne se-

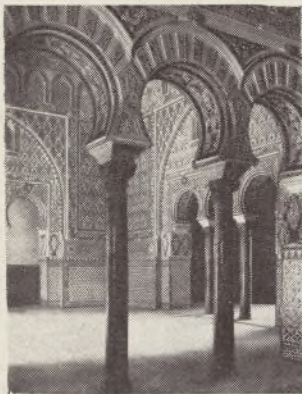
empleó
nte la
te el
por la
nes, y
cabe,
tra la

niento
on el
Kro-
anzas,
resión
de esa
rrores,
quista.
como
tilente

ESPAÑA TIPICA Y MISERABLE



Aldea perdida en la estepa del sur de Extremadura



NUESTRA PORTADA

Patio de Embajadores del Alcázar de Sevilla; nostalgia de una morería aliento de civilización y de arte. Muros brodados, columnas finas y gráciles como hilos de agua caídos de peña, como rayitos de sol. Arte penetrante, humanidad alada que dejó de ser apiastada por la dura losa de los siglos. Siglos prosaicos que aún perduran animados por cristianas almas de piedra y plomo...

70 frs

Ayuntamiento de Madrid

Alc
mode
checo
Prad
guaje
te d
Probl
ry: I
J. C
dibuj
sider
J. Ca
de n
Real
te de
Ludw
Perro
Comp
bre e

Eug
ti. El
muert
thiers
El tri

larzo,

R